

Cuando ligas con la mano es el resultado de la labor de un profesional de la noticia cuya sensibilidad le ha permitido escrutar y ver el alma verdadera de los pueblos por donde ha transitado y penetrar el sentimiento personal de sus componentes, tocados —estremecidos a veces—, por brigadas de otros hombres que han llegado a ellos procedentes de otras latitudes a ofrecerles su colaboración, e incluso a salvarles la vida...

Pero, no se trata de un inventario de acontecimientos (...), sino de relatos particulares y comunes, conmovedores y jocosos, que su pupila de reportero y su memoria visual le han permitido construir, literalmente hablando, con el lenguaje y demás instrumentos del discurso periodístico, con elegancia y sin alfileres...

Definiría esta obra que la Editora Política entrega a sus lectores como un insólito paseo por tres continentes: África, América y Asia. Incluidos en África países árabes y en América tanto países latinos como angloparlantes.

Marta Rojas

F
1788
.B48
1991

zando
s con la mano
o gili c.





cazando tigres con la mano

roberto gili c.



EDITORIA POLITICA / La Habana 1991

Edición: *Nora Medán*
Diseño: *Roberto Sánchez*
Cubierta e ilustraciones: *Luis Álvarez*
Corrección: *Libban García y Olivia Lima*
Composición: *Janet Fernández*

F
1788
G48
991

© Roberto Gill C., 1991
© Sobre la presente edición:
Editora Política, 1991

LIBRARY
University Of Miami

Editora Política
Belascoain, No. 864, Ciudad de La Habana, Cuba

*A todos los que en estos y otros tiempos han
abonado con su sangre y su vida la generosa y
necesaria causa del internacionalismo*

A Patricia, Leticia y Celis, mis hijas

PRÓLOGO

Lo que ha realizado Roberto Gili en breve tiempo, durante su labor como reportero en el periódico *Granma*, es el sueño más ambicioso de cualquier periodista que raras veces lleva a término en toda su vida: recoger en el terreno de los hechos las estampas de conglomerados sociales e individuos, participantes activos o pasivos de un profundo cambio social o de una confrontación cruenta.

Cazando tigres con la mano es el resultado de la labor de un profesional de la noticia cuya sensibilidad le ha permitido escrutar y ver el alma verdadera de los pueblos por donde ha transitado y penetrar el sentimiento personal de sus componentes, tocados —estremecidos a veces—, por brigadas de otros hombres que han llegado a ellos procedentes de otras latitudes a ofrecerles su colaboración, e incluso a salvarles la vida. A "Origen y presencia", pri-

mera parte de este libro, corresponde la última observación, en tanto trata de la labor humanitaria en el campo de la salud, de los cooperantes internacionalistas cubanos, en lo fundamental mientras en la segunda mitad del volumen, "Arquetipo y lección", el autor aborda otros temas que van desde la guerra cruenta a la construcción civil de importantes edificaciones y otras obras de ingeniería, como el aeropuerto de la isla de Granada.

Pero, no se trata de un inventario de acontecimientos en Angola, Vietnam, Nicaragua, Argelia, Honduras, Guinea, Perú, Jamaica, Etiopía, Cabo Verde, el Congo, Yemen Democrático, Tanzania, Iraq, Granada o Uganda, sino de relatos particulares y comunes, conmovedores y jocosos, que su pupila de reportero y su memoria visual le han permitido construir, literalmente hablando, con el lenguaje y demás instrumentos del discurso periodístico, con elegancia y sin los afeites que mal utilizados hubieran conducido irremediablemente a una mala factura. Este libro testimonial por excelencia está escrito y construido o compuesto con las normas del periodismo de calidad, y el periodismo es uno de los modos literarios, sin duda el más moderno, en constante desarrollo.

Definiría esta obra que la Editora Política entrega a sus lectores como un insólito paseo por tres continentes: África, América y Asia, incluidos en África países árabes y en América tanto países latinos como angloparlantes. No tengo por costumbre contarle al lector, con pelos y señales, lo que habrá de

leer, sino invitarlo al descubrimiento —como en este caso— de hechos cuyo dramatismo no es fácil imaginar y la capacidad de entrega de sus protagonistas tampoco, es la retroalimentación del internacionalismo tal como identifica el cubano a su humanismo concreto y tan lleno de riesgos que ha practicado como pocos pueblos en estos 30 años de Revolución, desde los albores del triunfo del Ejército Rebelde del Movimiento Revolucionario 26 de Julio, comandado por Fidel Castro. Y, a propósito del Comandante en Jefe Fidel Castro, el autor del libro que presentamos recoge esta frase suya:

«¿Qué es lo que hemos hecho nosotros por los demás comparado con lo que los demás han hecho por nosotros en tantos terrenos?». Los relatos que encontramos en *Cazando tigres con la mano*, confirman, dándole respuesta, el contenido de esa frase.

Nunca olvidaremos, luego de leer los textos de Roberto Gill, a Amine Haiza, tampoco a José Ramón Linares, el médico, ni a Hong, Ca y Nha, Olancho, Ngouamó, Milagritos, a los del hospital de Abbas; y a Orozco Niebla lo tendremos siempre presente, como a los de Kitangondo, esa leyenda real, a Jorge Antonio Rodríguez Onhuaia, a Espino, a el Pinto, al Chino, o a la gente de Apawás en Nicaragua y al joven maestro Manuel Barfutes, el verdadero delegado de la palabra.

Se habla aquí de salud, de construcción, de industria azucarera, de la floresta, de la educación y de la vida militar de los internacionalistas y coope-

rantes cubanos en los países ya mencionados, desde 1963 cuando se inició la colaboración civil de Cuba con Argelia, en el sector de la medicina

Por esa curiosidad que nunca nos abandona nos hubiera gustado saber, siquiera un cálculo, cuántos kilómetros de terraplén, cuántas millas náuticas y kilómetros de navegación aérea debió recorrer el entonces reportero de Granma Roberto Gilli para acopiar tan rico material elaborado ágilmente, para lograr en Cazando ligres con la mano, meternos en el alma y en la mente tanto conocimiento y emoción.

Maria Rojas

ORIGEN Y PRESENCIA

...¿Qué es lo que hemos hecho nosotros por los demás comparado con lo que los demás han hecho por nosotros en tantos terrenos?

Fidel

¿TE ACUERDAS, AMINE HAISA?

Te conozco. Me lo han contado todo. Sé que estás vivo de milagro o, mejor dicho, gracias a las dos operaciones que te hicieron 27 años atrás en ese vientre estrecho y pronunciado que entonces tenías.

Eras flaco, pero ligero como la ardilla, y aunque tenías más de 10 años, no los aparentabas. Volabas sobre los troncos caídos que encontrabas a tu paso y así andabas a toda carrera, sin perder el resuello, en las pequeñas elevaciones donde terminan los

montes de Tessala y comienzan los de Tlemcen, allá en el occidente argelino.

—¡No corras, Amine! —te decía el abuelo Jaddam—, pero tú no lo escuchabas porque el viento te confundía las palabras en la distancia, mientras saltabas sobre el rebaño de carneros haciendo cabriolas y dando volteretas sobre el pasto verde y fino de los viejos animales.

Sí que eras inquieto, Amine Halsa. Todos lo decían en Ain Fezza, aquel intermontano y típico pueblo donde naciste un día de *ramadán**, a casi 500 km de Argel, la capital de tu país. Muchas veces que oró Ammara, la mujer que te trajo a este mundo convulso y desigual, para que no te rompieras la crisma alguna de aquellas mañanas en que solías salir con otros muchachos y te perdías allá en la gruta o la cascada de Terni Ben Hadiel.

Fue allí precisamente, en las márgenes del Talna, donde una vez te sentiste obligado a detener tu veloz persecución a un grupo de apáticos camellos, porque un intenso dolor interrumpió tu carrera y caíste de bruces, jadeante, sobre la canasta del yerbbero Mohamed Said, y motivaste a su torpe e injuriosa lengua.

* Término de origen árabe con el que se designa al noveno mes del año lunar de los musulmanes y durante el cual, según la tradición mahometana, se observa un riguroso ayuno desde la salida hasta la puesta del sol. En el orden religioso, se corresponde con la cuarentena caldica (Los asteriscos del libro también han sido redactados por el autor.)

Hiciste por incorporarte una, dos veces y hasta tres, pero no lo lograste, los codos y las rodillas se te doblaban cada vez que lo intentabas. El abuelo Jaddam, tu compañero de siempre, tuvo que cargarte y andar contigo a cuestas un largo trecho, hasta que se te acabaron las lágrimas y quedaste dormido de dolor y cansancio sobre sus escualidos hombros poco antes de llegar a Fezza.

A partir de entonces ya no eras el mismo. Andabas con lentitud y corías, sí, pero con cierta torpeza en los movimientos, temías quizás que te repitiera, como pronto ocurrió, aquel dolor. En ocasiones amanecía, el sol ascendía en su monótono recorrido hacia el cenit y tú permanecías aún acostado tomando el calor del cobertor amarillo que cubría también a otros tres de tus cinco hermanos.

Un día de noviembre de 1963 la aguda punzada en medio de la oscura madrugada te abrió los ojos. Mamá Ammara se levantó al escuchar tus quejidos, se apresuró a prepararte un té pero lo rechazaste por los vómitos súbitos e incontinentes, que solo cesaron cuando perdiste el conocimiento tras un espasmo que te hizo llevarte las manos hacia el costado derecho de tu vientre.

Antes de que aclarara totalmente, ya tu tío Limoussa, estaba en camino contigo. A veces te quejabas. Días antes, un amigo suyo le había dicho que te llevara a Sidi-Bel-Abbés para que te vieran allí unos médicos nuevos en el hospital general de esa localidad del departamento argelino de Saïda, distante a unas dos horas en el transporte público.

-Médico por médico, todos son iguales, Limousa, pero lo más importante es que los nuevos no cobran -le había comentado Mustafá Meesaud, el carismático vendedor de semillas y maderas olorosas de Ain Fezza, de quien se decía caminaba hasta 10 leguas diariamente por pueblos, aldeas y mercados de los alrededores.

Cuentan que cuando arribaron al centro hospitalario de Sidi Bel Abbés, estabas grave, y amarillo como tu cobertor. Tenías cálculos en la vesícula, *litiasis vesicular* y *coleociana*, según escribió uno de aquellos médicos nuevos en tu hoja clínica poco después de que llegaran. Tu abdomen estaba sensible y endurecido, y la amarillez característica del *ictero* plagaba hasta la mucosa de tus labios rectos y delgados.

-Hay que ingresarlo para hacerle una operación -dijo en perfecto y cadencioso francés el especialista nuevo que te atendió, y Limousa, hombre mayor y de poco hablar, también influenciado por la penetración francesa en tu país, lo entendió con idéntica nitidez. Bien sé que estabas grave, Amine Haisa.

No una sino dos operaciones debieron hacerte en ese vientre estrecho y pronunciado para curarte de las piedras que te habían minado los conductos biliares y apagado el vigor de tu enjuta figura. Puede decirse, sin adular la realidad, que allí volviste a nacer porque tu existencia hubiera acabado en muy poco tiempo sin aquella atención, cuyo resultado te permitió volver a correr una vez más tras los carneros del abuelo Jaddam, romperle la canasta al yer-

bero Mohamed Said, volar sobre los troncos de Teasala o Tiernan.

Sé que los conociste y que, a partir de tu operación, los pobladores de Sidi Bel Abbés, Chouly, Haasi Zehana, Lamtar, Lahsen, y de todas las comarcas circundantes, buscaron a aquellos médicos nuevos, porque decían que ellos te habían arrancado de la muerte y que no eran médicos iguales -como afirmó el carismático Mustafá Meesaud- porque, en fin, no se parecían a esos médicos extranjeros que cambiaban por dinero la salud de tu pueblo.

Los nuevos eran ocho en total: dos enfermeras de salón, dos técnicos y cuatro médicos, entre ellos, el cirujano que te hizo las dos operaciones y te daba vueltas para velarte el sueño cuando dormías.

Era espigado aquel especialista. Hablaba pausadamente y con precisión, como dijo Limousa, y tú lo mortificabas dando saltos sobre la cama cuando lo veías entrar cada mañana en la sala hospitalaria donde te recuperaste rápida y satisfactoriamente.

Con él te fotografiaste una vez cuando ya estabas listo para volver a Fezza. Llevabas ese día una camisa blanca y un traje color vino, con pantalones a media plega, que ellos te regalaron como muestra de las simpatías que les despertaste.

¿Recuerdas, Amine Haisa, el nombre de aquel médico que te curó para que pudieras correr y correr, y que por las mañanas te decía: "Arriba, Amine, que ya estás de pelea"?

Era el doctor José Ramón Linares Delgado. Las tuyas se incluyeron entre las 502 operaciones de ci-

rugla mayor que hicieron sus manos durante los 247 días que trabajó en suelo argelino, como integrante de la pionera entre las brigadas internacionalistas cubanas de la salud, de la que inauguró -el 23 de mayo de 1963- el hermoso camino de la colaboración solidaria de Cuba con decenas de naciones enclavadas en las más diversas latitudes del mundo.

SOLUCIÓN HONG

Diez de junio de 1972. Poco después de las 6 00 de la mañana de este día, una escuadrilla de aviones de guerra de la armada norteamericana bombardeó indiscriminadamente las zonas más densamente pobladas de la ciudad de Nam Dinh, ubicada a unos 80 km al sureste de Hanoi, capital de la entonces República Democrática de Vietnam.

Nueva potentes bombas de demolición, como rodadas desde la palma de la mano del piloto yanqui, hicieron impacto sobre el hospital de la localidad y solo una de sus columnas quedó en pie, como dedo acusador del crimen y la barbarie. Enfermos, especialistas, cientos de personas masacradas.

Sin embargo, solo unas horas después de aquel genocidio, émulo indiscutible del blitz ordenado por Hitler contra Londres, ya se encontraba en funcionamiento el salón de operaciones del hospital, ahora bajo un encerado de pajillas de arroz que fue

dispuesto a manera de techo sobre cuatro paredes antiguas y semidestruidas por el bombardeo, que permanecieron erguidas también en un jardín de escombros muy cerca del centro hospitalario arrasado.

Pero faltaba la luz, elemento sin el cual se hacía imposible la más sencilla intervención quirúrgica en el improvisado salón de campaña, al que de inmediato comenzaron a ser trasladados los hombres, mujeres, niños y ancianos agonizantes que habían sido víctimas de la acción de los B-52.

Se requería, al menos, un ínfimo haz de luz que permitiera a los cirujanos la localización, de hecho difícil, de los diminutos y casi imperceptibles balines plásticos que despedían las bombas antipersonales lanzadas por la aviación norteamericana, para incrustarse en lo profundo del cuerpo sin dejar apenas huellas de su entrada.

La solución no vino del cielo, como aquellas bombas de 1 000 y 2 000 libras que lo mismo asoleaban un centro escolar, una vivienda, un refugio o un hospital, sino que surgió casi al unísono con la propia necesidad y constituyó, en su esencia, una de las muestras de ingenio y voluntad dadas por el pueblo vietnamita en el curso de la guerra.

Fue Hong, el solícito y afable asistente del hospital de Nam Dinh que las bombas destruyeron -sobreviviente de aquel intento de exterminio masivo-, quien resolvió lo que para otros no tenía más solución que operar a cielo abierto.

Los especialistas Lázaro Cambior San Juan, Ibrahim Rodríguez Cabañes, Manuel Antonio Ojeda, Juan Piedra García y la enfermera Rolendis Cruz, todos integrantes del destacamento de trabajadores cubanos de la salud que en esos días de constante peligro de muerte brindaron su colaboración a la tierra de Ho Chi Minh, vieron alejarse a Hong —murmurando entre dientes algo indescifrable— y unos instantes después regresar acompañado de su bicicleta, su repentina y luminosa idea, unos fragmentos de cable eléctrico y una breve sonrisa que, en aquellas condiciones, reanimaba al más atribulado.

Hong pidió ayuda a sus colegas Ca y Nha, con los cuales se completaba el personal del circunstancial hospital, y en cuestión de minutos desmontó el ferrol de su medio de transporte, lo acopló a una lámpara de pie recuperada entre los escombros del hospital y, por medio de los cables mencionados, lo instaló al dinamo generador de la bicicleta, la cual levantó ligeramente del suelo por la parte trasera con dos soportes metálicos, a fin de dejar libre la rueda posterior.

Efectivamente, Nha unas veces, otras Ca y las más el propio Hong, pedalearon sin cesar durante horas y sus energías se convirtieron en la luz que a lo largo de varios días hizo posible el trabajo de los internacionalistas cubanos y, con ello, salvarles la vida a incontables compatriotas vietnamitas de las más diversas edades y sexos, bajo aquel encierro de pajillas de arroz.

El doctor Pedro González Pérez camina apriesa por uno de los pasillos del hospital "Yosina Machéi", de la capital angolana. Al tiempo que anda, saluda con ligeros movimientos de cabeza o de manos a pacientes y colegas para los cuales no pasan inadvertidas las señales de preocupación que muestra en su rostro, por lo general jovial, el cirujano pediátrico cubano. Es un día de enero de 1960, y hablan transcurrido unos dos meses desde su llegada a esa nación africana como médico internacionalista.

A paso rápido ascendió las escaleras, descontando los peldaños de dos en dos. Se dirigía hacia el salón de operaciones donde una niña que él mismo había atendido en el cuerpo de guardia, era preparada con premura para ser intervenida quirúrgicamente con toda urgencia.

Las bisagras chirriaron con un quejido lacrimoso cuando la mano izquierda presionó sobre el NO PASE que aparecía en la puerta de acceso a la antecámara de su lugar de destino, sitio en el cual debería cambiarse las ropas por otras estériles, en un abrir y cerrar de ojos.

A su alrededor y en diferentes áreas de la misma clínica que los portugueses bautizaran años atrás con el nombre de "María Pia", médicos y enfermeras teorizaban, suspenso por la novedad, acerca de la difícil tarea a la que minutos después se enfrentaría

el especialista extraer un aillar que había sido aspirado por la niña y se encontraba alojado en uno de sus pequeños y escudílos pulmones

Con las puntas de los dedos índice y pulgar de las manos ya enquantadas, González Pérez se llevó el tapaboca casi hasta la altura de los párpados inferiores y ocupó el lugar de mayor responsabilidad frente a la camilla, sobre la cual reposaba el adormecido cuerpo de la paciente

—Bisturi

Contó el silencio con la solicitud dirigida al instrumentista

Brotaron los primeros hilillos de sangre. En los presentes fue claramente perceptible la expresión de asombro cuando la mano del cubano hizo correr el instrumento desde la parte interior de la axila hacia abajo, en línea recta hacia la cadera de la niña pero sin llegar a ella.

Era la primera vez que presenciaban el empleo de una de las más complejas entre las técnicas quirúrgicas conocidas para llegar al pulmón, escasamente usada por el alto grado de profesionalidad que exige.

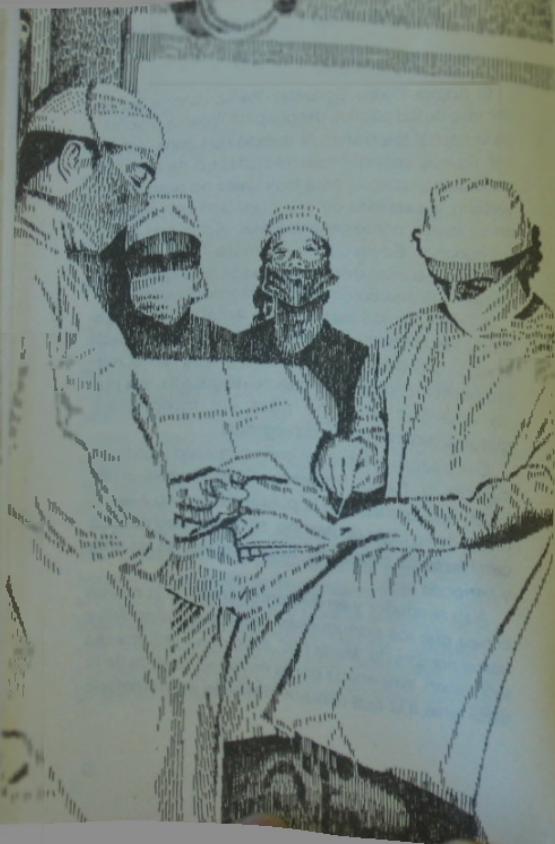
—¿Tensión arterial?

—Normal —le contestaron.

—Sí, normal, pero ¿cuánto? —reclamó el facultativo sin levantar la vista.

—Cien con sesenta —respondió al instante el médico asistente, también cubano

Franqueó las costillas y llegó hasta la pleura. El tiempo corría con la misma agilidad de un saltador



de pértega. Los cortes y movimientos se fueron haciendo cada vez más precisos, milimétricos, hasta que al fin tuvo ante los ojos el objeto, aún encajado en el mismo sitio hacia donde apuntó González Pérez cuando estuvo frente a los descoloridos exámenes de rayos X que le había ordenado. Era absoluto el silencio. Habían transcurrido casi dos horas.

-Pinzas

Levantó la cabeza y se irguió con la mano derecha extendida, en espera de la herramienta. En esa posición llevó los hombros hasta el cuello, en un intento por librarse del adormecimiento de los músculos de la nuca. Fueron unos segundos que inyectaron su energía y su voluntad.

Una vez más volvió a inclinarse. Con presión y seguridad de galeno mayor, el especialista cubano prendió la punta del objeto, que había atravesado el pulmón de Paola en su parte interior y, con lentitud y maestría, fue tirando de este, hasta que un suspiro unánime inundó cielos y rincones.

Una hora y cincuenta y cinco minutos después del inicio de aquella batalla contra la muerte, ordenaba las primeras suturas interiores aquel hombre que ahora era invadido por una luminosa sensación de satisfacción, muy parecida a la felicidad.

-¡Lo lograste!, ¡lo lograste! -decían eufóricos algunos de sus compatriotas.

Las manos de los presentes se estrecharon a las suyas aún sudorosas. Unos lo sacudían por los hombros, otros le daban ligeros golpes en la cabe-

za y le arremolinaban el cabello corto y ondulado, mientras una asistente angolana le ofrecía un beso.

Transcurrieron varias semanas en las que la *menina* * Paola comenzó a vivir nuevamente sus 10 años. Su recuperación fue progresiva y segura, hasta el día en que le correspondió salir, en unión de su madre, ya completamente curada.

Como de costumbre ante determinado acontecimiento o hecho inusual, tal y como ocurrió en este caso, los periodistas acudieron al hospital "Yosina Machel" en busca de mayores detalles sobre la noticia de aquella exitosa y compleja operación.

Se formularon entonces las más diversas interrogantes, entre estas, ¿quién había tenido a su cargo la intervención? Y la respuesta, trasmitida por el propio González Pérez, fue la siguiente:

-La intervención fue hecha por un equipo de médicos internacionalistas cubanos, con la colaboración efectiva de técnicos de la República Popular de Angola.

DOS GRAMOS DE HEMOGLOBINA

Con la entrada de la noche salieron Olanchó y Ponciano, llevando consigo el desvanecido cuerpo

* *Ninã*, en idioma portugués.

de una niña y la lámpara de queroseno que día tras día se encendía con la caída del sol.

Para llegar a Potrerillos, primer punto de un escabroso trayecto, debieron sortear durante más de 10 horas —además de la lluvia— incontables fanguizales cenagosos, manglares en ruina, animales muertos, celbas y zapotes sin hojas ni frutos, yaguares, pumas y tigrillos que, por suerte, se hallaban guarnecidos aún del indemente temporal, bejucales y saetillas de agua.

Tal y como había augurado Ponciano, cuando llegaron a la salida de Potrerillos los recogió un vehículo que transportaba alimentos para los damnificados en la región de Sula, sin reparos por parte del chofer al conocer la gravedad del caso.

—Te lo dije, Olancho, la Patrona está con nosotros —exclamó Ponciano con cierto entusiasmo en la voz, a pesar del cansancio y el mal olor que lo plagaba.

Olancho, sin embargo, no contestó, se limitó a mirarlo con sus ojos embotados habitualmente.

Junto a la niña, con los pies adoloridos y tan húmedos como el resto de sus cuerpos, viajaron un largo trecho en la parte trasera del camión.

Pasadas las 9:00 de la mañana del siguiente día, arribaron a las inmediaciones de San Pedro Sula —segunda localidad en importancia de Honduras y primera desde el punto de vista económico—, donde una brigada médica cubana, compuesta por más de 60 especialistas, técnicos y enfermeras, había instalado un hospital de campaña, como tangible expresión de solidaridad con esa nación

centroamericana, en ocasión del huracán Fifi, aquel cuyos vientos de más de 250 km por hora abatió al país a partir del 19 de septiembre de 1974, y dejó un saldo de más de 8 000 personas muertas y desaparecidas.

Vista desde el aire, la zona de Sula y sus alrededores parecían un gigantesco mar de lango, del cual solo sobresalían algunos techos y copas de antiguos árboles. El panorama reinante tras el paso del asolador torbellino, se presentaba como un gran caos en el que la desolación y el espanto se confundían.

La única forma posible de llegar en esos momentos hasta dicho punto geográfico —distante unos 200 km de Tegucigalpa, la capital— era caminando hasta las afueras de esta última, exactamente hasta un puente que la fuerza de las aguas había destruido, vadear los ríos Sulaco y Humaya, afluentes del Ulúa, y de allí trasladarse en camiones, únicos vehículos de transporte por tierra capaces de enfrentar los pronunciados y continuos accidentes que aparecían en el terreno.

Tal itinerario debió realizar la brigada cubana de la salud para alcanzar la región de la Asociación de Ganaderos y Agrónomos de Sula —conocida popularmente como el Campo AGAS—, lugar donde atenderían hasta 3 000 pacientes en una jornada. Era esta la mayor tragedia natural que había abalido el país en los últimos 150 años, según reportaban los cronistas nacionales.

Olancho y Ponciano avanzaron, el segundo con la niña en brazos, porque Olancho no resistía ya el dolor en aquellas piernas largas, sobre las cuales llevaba montada su figura.

—Vayan directo, no hagan la fila —les dijo alguien al ver el cuerpo blando y semiconsciente de la niña—. Por fin llegaron.

—Acuéstela aquí —le ordenó el médico pediatra cubano Lula Sáenz Darías a Ponciano, y seguidamente le preguntó: —¿Qué tiene?

—No, médico, yo no soy el padre, pues: el padre es él —explicó Ponciano y agregó:— Dile, Olancho, dile tú.

Olancho se deshizo de su viejo sombrero alón de paño húmedo, se aclaró la garganta y dijo:

—La niña no come, médico, desde hace más de una semana; solamente sorbitos de leche, y siempre está dormida.

Al hablar, Olancho pronunciaba aún más las órbitas de sus ojos y no dejaba de mascar el tabaco que se había licuado en su boca. Sáenz Darías lo escuchaba, a la vez que auscultaba a la niña con cierta inquietud.

—Vamos a hacerle un análisis de hemoglobina a este caso; pero rápido, ¡rápido!

Atendió dos pacientes más y cuando se disponía a hacer pasar al tercero, la técnica de laboratorio lo tocó por el hombro y con la preocupación reflejada en su rostro le indicó:

—Doctor, la niña tiene dos de hemoglobina.

—¡Dos de hemoglobina! —exclamó Lula compungido y alarmado.

—Sí, dos de hemoglobina.

Reflexionó unos segundos e indagó:

—Me comunicaron que ya no tenemos sangre ¿Es así?

—Efectivamente, doctor.

—¿Y qué factor tiene la niña?

—B positivo —fue la respuesta.

De inmediato, el especialista cubano abandonó su habitual banqueta bajo la loneta que servía de techo, se retiró a paso ligero hacia el interior de la casa de campaña y consultó el parecer del jefe de la brigada respecto a la idea con la que pretendía dar solución a aquella situación. El cirujano responsable del colectivo asintió sin reparos.

Con ambas manos colocadas en forma de bocina en torno a la boca, Sáenz Darías comenzó a llamar a viva voz a los demás miembros del grupo de cubanos que allí les correspondió desempeñar sus respectivas profesiones.

—Compañeros —expresó cuando todos estuvieron reunidos—, tenemos un caso de anemia perniciosa por parasitismo en una niña; tiene dos de hemoglobina y no hay plasma. La solución para poder sacarla del coma en que se encuentra, es que la técnica de laboratorio les haga con premura un análisis de sangre a los compañeros que no conocen su grupo sanguíneo, determinar rápidamente quiénes tienen O o B positivo y dársela aquí mismo, directa-

—Lo siento, señor, pero su hija acaba de fallecer.

El cielo se mantenía cenizo y ahorante de así, como resultado del violento huracán que días atrás había convulsionado a Honduras y sembrado la muerte, el desconuelo y la consternación en miles de familias, en especial de las más pobres, cuyas escasas propiedades yacían ahora destruidas bajo el fango o el agua, o a centenares de metros del lugar original, hacia donde habían sido transportadas a voluntad del terrífico meteoro. Muchos recibían sepultura en aquella tierra estremecida y pastosa, tras haber perecido en las crecientes, mientras continuaba la búsqueda de otros.

Fue como si toda la sangre se le escapara del cuerpo a Olancho de un tirón. Sin apartar del médico la vista y con una tétrica expresión de desconcierto, fue resbelándose sobre su propia estructura física hasta caer al suelo, confundido y totalmente abatido ante aquella inhumana y aciaga realidad, cuya esencia se escondía más allá de su incultura, su subdesarrollo y de los fenómenos naturales.

UN PARTO PARA RECORDAR

—¡Voy a parir!

La quejumbrosa y repentina expresión de la mujer que aquella noche flanqueó la puerta con su re-

negrido cuerpo, fue como un resorte que tiró de todos los presentes.

El pequeño grupo de médicos y técnicos que integraban la brigada internacionalista cubana en la localidad de Mansoa, de Guinea Bissau, se había reunido esa noche en la modesta residencia para celebrar un cumpleaños colectivo.

Las improvisadas parejas bailaban al compás del Guayabero, típico intérprete de lo popular-cubano, cuando apareció la nativa diciendo en su rívido *cróole** que iba a parir.

Era más bien delgada, pero se le veía fuerte. Tendría unos 30 años y cubría su cuerpo con un largo ventido de líneas rectas, en el que resaltaban las multicolores formas de un llamativo estampado, a la usanza africana. Una banda del mismo género, dispuesta a guisa de turbante, escondía el ensortijado cabello hasta la altura de las orejas, de las cuales pendían sendas argollas de una madera verdinegra algo parecida al ébano de Gabón o al de Camagun.

Un tanto sugestionada, pero con el rostro increíblemente apacible, repitió una y otra vez la frase con

* *Cróole*, en idioma francés. Se llaman lenguas *cróoles* a los dialectos derivados de lenguas europeas. Dichos dialectos adoptan el vocabulario del idioma afín, pero siguen libremente una gramática propia. Los más conocidos son: la lengua franca, del Cercano Oriente; el *malayo español*, de Filipinas; el *negro español*, antillano; el *pepermento*, de Curazao; el *broken-english*, del África occidental; el *pidgin-english*, del Extremo Oriente; y el *beach de mer*, del Pacífico meridional.

las manos aquel abdomen redondo que indicaba su avanzado estado de gestación.

En un instante se desarmó una fiesta y comenzó la otra. Lo primero que se hizo fue acostarla en el sofá y allí, en segundos valiosos, se decidió qué hacer.

Habla entre ellos radiólogo, ortopédico, médico general, dermatólogo, epidemiólogo y otros especialistas, pero ningún ginecoobstetra. El más indicado...

—Yo me ocupo de ella —dijo Miguel, contando con sus palabras las ideas de los compañeros, quienes precisamente estaban pensando en él.

El doctor Miguel Romero Hernández, joven pediatra que cumplía entonces con su primera misión internacionalista en Bissau, la capital guineana, disfrutaba ese domingo de un merecido descanso y desde temprano había dejado el bullicio de la ciudad, para irse a compartir con los colegas en la pequeña Mansoa, distante unos 100 km al este.

—Vamos a trasladarla hacia la posta médica —señaló alguien.

Pero no, nadie se atrevió al percibir las espasmódicas contracciones de la mujer, sus manos aferradas a la horcajadura y aquellos alaridos dilatados y poseídos de desesperación, en los que se incluía la advertencia y la disposición de desembarazarse allí mismo, sobre el estrecho y descompuesto sofá.

—¿De qué instrumental disponemos? —preguntó Miguel, quien había sumado sus manos a las de la

mujer en el intento por contener la amenazante aparición de uno más en este mundo.

—Nada apropiado —le respondió una enfermera.

—¿Guantes?

—No.

—¿Tijeras?

—Tampoco. Y ubícate, que no estás en un salón —puntualizó la compañera.

—¿Por lo menos un poco de alcohol...?

—Se terminó ayer el que teníamos aquí.

Miguel sintió preocupación, pero no se detuvo: cargó a la quejosa parturienta y la situó encima de la mesa donde habitualmente se consumían las comidas en aquella casa. Mediante señas, el pediatra pidió silencio a todos y, sin separar una de sus manos de la pelvis de la mujer, se le acercó al rostro lo más que pudo y la acarició en un intento por llevarla a un estado de menos desesperación.

Logrado esto, le realizó un tacto y la amplia dilatación uterina le indicó que no se podía aguardar un minuto más. El feto estaba perfectamente encajado, algo así como en espera de la más mínima señal que le hiciera totalmente expedita la vía de acceso al medio ambiente de los humanos, precisamente en uno de los países donde la mortalidad infantil compete con las más altas registradas en los barrios indigentes de Calcuta o en las favelas latinoamericanas.

Alguien tosió fuerte en ese momento y varios se disgustaron con él por el ligero susto que causó a los demás. Tal era el estado de tensión que reinaba

—Mira, Miguel, aquí hay unas pinzas... —La técnica de laboratorio de la brigada no concluyó—. Le mostraba al pediatra el instrumento que se emplea para cortar sortijas trabadas en los dedos.

—Tráigeme una botella de ron Havana Club y una cuchilla de afeitar nueva —requirió el dinámico médico.

Cumplido su encargo, Miguel se enjuagó las manos con la bebida y valiéndose de las retendas pinzas y un pedazo de algodón, restregó las paredes de la vagina de la mujer como medio de desinfección, lo mismo que las partes aledañas a esta. La expectación era total entre los que asistían al pediatra en su precipitada y no menos histórica tarea, y también entre los que miraban los toros desde la barrera.

El especialista en ortopedia le sujetaba una de las piernas y la enfermera general, la otra. La dilatación crecía por segundos pero se mantenía latente algo que en tales casos no deja de ser frecuente: aún no se había roto la bolsa amniótica. De manera que, con premura y sin vacilaciones, Miguel echó mano al único instrumento de que disponía, las mencionadas pinzas, y con esta se la rompió; es decir, le practicó una amniorrhexis acorde con las circunstancias.

La mujer, evidentemente experta en estos asuntos, no esperó la orden que se disponían a darle los asistentes para forzar la salida del futuro crío. Llegado el momento oportuno, se agarró con sus manos a ambos lados de la mesa, cuyos crujidos eran re-

flejos del intenso quehacer, y de un magnífico y descomunal resoplido que estremeció las ventanas y las nubes, lanzó su sexto hijo en las manos del internacionalista cubano, quien inmediatamente le cortó el cordón umbilical con la cuchilla de afeitar que minutos antes había solicitado y cumplió con las restantes tareas de rigor en estos menesteres. Agua y jabón abundantes no faltaron para darle el primer baño al vivaracho recién nacido en aquella atmósfera de desespero y carencias, y de embriagada asepsia.

En cierta ocasión volvimos a ver al doctor Miguel Romero Hernández, el diligente médico, pediatra por naturaleza. No fue en Mansoa ni en Bissau, tampoco en el hospital infantil cubano en el cual labora habitualmente. Fue en Samawa, legendario poblado del sur de la República de Iraq, donde cumplía el segundo encargo como internacionalista.

TRES DISPAROS

Portero Urquiza escuchó los tres disparos. Serían aproximadamente las 2 00 de la madrugada de un día de enero de 1972 y se encontraba de guardia en el hospital-casa de campaña que la brigada médica cubana había instalado en la colonia "Máximo Juárez", al sureste de Managua, la capital nicaragüense.

cios internacionalistas a esa nación centroamericana, na estuvo compuesta por 47 especialistas, enfermeras y otros técnicos. En esa decena, según reportes oficiales, fueron atendidos por ellos 31 087 casos, entre estos, 27 partos y 11 583 vacunaciones contra enfermedades contagiosas.

Muchas vidas fueron salvadas en aquel hospital de campaña además de la de la niña baleada aquella madrugada. En su cuerpo, como en el de cientos de hombres y mujeres de ese pueblo, quedaron las huellas no solo de aquel violento terremoto del cual se tuvo noticias en todos los continentes del planeta, sino también las de una época cuyo olvido, que es decir su fin, ya se avizoraba.

CORAZÓN DE ÉBANO

Nguemó David —tercero en mayoría de edad entre nueve hermanos— dejó correr su mirada por aquel rostro prematuramente anciano, que la vida difícil y el trabajo intenso habían rubricado con profundas estrías desde temprano.

—Ya lo sé, mamá, el viejo está muy delicado de salud, pero no te angusties de esa forma, ya verás que mejorará.

Puso la mano sobre el encanecido cabello de la mujer que le había dado existencia, besó su frente y

partió callejón abajo en busca de la residencia de los integrantes de la brigada médica cubana.

Transcurría el mes de julio de 1977. El colectivo de internacionalistas destacados en la región de Nkayi, de la República Popular del Congo, tomaba un breve descanso aquel domingo, otro domingo, otro día, que amenazaba con traer nuevos aires de nostalgia a los que habían decidido refugiarse en la correspondencia para acercar recuerdos.

En total eran 10 los cubanos: 6 hombres y 4 mujeres, cuyas profesiones abarcaban desde la cirugía, la pediatría, la obstetricia, la ortopedia, las técnicas de laboratorio y rayos X, hasta la enfermería.

Sin embargo, mientras aquellos releían cartas abiertas, releídas decenas de veces, los demás, quizás los más despegados o experimentados, se ocupaban del arreglo de los jardines de la modesta vivienda, de ayudar en la elaboración del almuerzo, que ellos mismos confeccionaban día tras día, o en la limpieza, en enconado combate contra eso que ellos han denominado el 'gorrión' y que no es más que la común sensación de nostalgia, pero corregida y aumentada, tal y como diría un letrado.

Poco después de las 10:00 de la mañana llegó Nguemó. Su larga y robiza figura no era ajena para ninguno de los colaboradores. Unos días a media tarde, otros por la noche, aquel joven descendiente

directo de *batekés** visitaba a los que serían sus futuros colegas porque pronto dejaría Nkayí para viajar a Cuba, donde cursaría los estudios correspondientes a la carrera de medicina.

Pero Ngouémó David no iba a partir, como era acostumbrado en él, con los trabajadores de la salud, ni a hablar de Cuba, del Congo de ayer y de hoy, de sus selváticas y místicas leyendas, de la cirugía y del internacionalismo. Ese no era el propósito de Ngouémó.

Con la destreza que le proporcionaba el hábito, desmontó el cerrojo de la pequeña verja que daba acceso al portal, se acercó a paso ligero hasta el especialista en ortopedia que se incluía en el grupo, y en idioma francés le preguntó por otro de los integrantes de la brigada, cuyo nombre pronunciaba ya sin las dificultades iniciales: el doctor Edelberto Fuentes Valdés.

El cirujano responsable de aquella pequeña comunidad cubana no ocultó su euforia cuando el joven congolés, a quien todos tributaban un evidente aprecio, le comunicó que al día siguiente partía rumbo a Brazzaville y de la capital de su país hacia Cuba.

La buena nueva se esparció, y se convocó de inmediato un brindis por el hecho mismo, por la amis-

tad de las dos naciones y por el augurio de éxito para Ngouémó.

Tras dos vueltas de copas en las que nadie se excusó, retornó la calma y cada cual volvió a su ocupación, excepto Edelberto, quien permaneció junto a Ngouémó sin retirarle el brazo de en torno a sus fornidos hombros. Finalmente se sentaron y el joven no esperó más para deshacerse de la preocupación que lo había traído hasta allí.

—*Docteur, je veux que vous opérè a mon père** —dijo, y seguidamente expuso al especialista que le inquietaba marcharse y dejar a su padre, *la vieille David*,** como le llamaban sus hijos, con una hernia inguinal casi estrangulada que ya le reducía los movimientos y lo obligaba a andar con dificultades a consecuencias del dolor.

—*Alors, vous savez que mon père est hansenien-ne****

Dicho esto guardó un silencio que en la práctica fue compartido por ambos y que daba paso a la espera del joven congolés por la respuesta del cirujano cubano y a la introspección reflexiva de este por la confianza y el compromiso que aquella solicitud entrañaba.

* Doctor, yo deseo que usted opere a mi padre, en idioma francés, lengua oficial en la República Popular del Congo, aunque se habla también otras dialectos como el lingala, que es el más difundido.

** El viejo David.

*** Además, usted sabe que mi padre es leproso.

* Denominación de una de las tribus cuyo asentamiento histórico ha sido la subregión africana que hoy ocupa la República Popular del Congo.

No puedo negar que me sentí conmovido ante la petición que me formulara aquel muchacho, a quien todos, sin excepción, habíamos tomado un afecto familiar.

Tras su partida, localizamos al viejo David y lo internamos en el centro hospitalario de Nkayi para intervenirle la hernia, una operación relativamente de poca complejidad, pero que tomaba matices de riesgo por las características del paciente.

Tanto fue así que en el mismo instante en que se le aplica el tiopental endovenoso, porque no teníamos ningún anestésico regional adecuado, el viejo hizo un paro cardíaco como rechazo a la dosis y, con toda seguridad, a consecuencia de lo avanzado de su lepra y, además, al hecho de ser alcohólico.

No quiero ni acordarme del mal momento que pasamos. No sé ni qué decir de las cosas que me vinieron a la mente. Veía a Ngouémó diciéndome: "Docteur, je veux que vous opéré a mon père, a le vieille David." Y ¡por supuesto que lo sacamos del paro y lo terminamos de operar!

Recuerdo que fue un jueves cerca del mediodía, y que concluida la operación lo acompañé hasta la sala y luego me fui a almorzar. Pero la intranquilidad no me dejaba comer. Tenía un extraño presentimiento.

Me tiré en la cama con la intención de reposar unos minutos, pero la inquietud no me lo permitió. Sin pensarlo más me fui al hospital, totalmente ajeno a lo que la suerte me deparaba. De momento y

por primera vez en mi vida, creí haber visto una visión.

¿Sabe usted quién estaba sentado en la puerta del hospital, nada menos que comiéndose un trozo de yuca? Pues sí, él mismo, le vieille David en persona, vivo y coileando, con su corazón de ébano en el centro del pecho.

MILAGRITOS

Tendría, a lo sumo, 15 días de nacida cuando fue llevada al pequeño hospital de Porto Amboim, asentamiento costero del sur de la República Popular de Angola, distante más de 400 km de Luanda, la capital de esa nación africana.

La enfermera cubana María Clemente, de guardia en esos momentos, no pudo contener su asombro al verla y una profunda angustia la sacudió de pies a cabeza, lo mismo que al doctor Oscar Navas.

Era este el primer caso de tétanos generalizado en recién nacido que ambos veían en su vida como trabajadores de la salud. Se trataba, sin lugar a duda, de una inigualable experiencia desde el punto de vista profesional y, al mismo tiempo, de una incomparable prueba; para él, como especialista de la medicina, para ella, como técnica de ese importante sector.

... y cuando la vida avanzaba la vida. Así comenzó aquella otra cruzada del internacionalismo contra la muerte que, a juzgar por el avanzado estado de gravedad de la *menina*, era inminente.

Tanto era el desarrollo alcanzado por la enfermedad que, al poner la madre sobre la mesa de consulta el diminuto cuerpo de su hija, casi rodaba como resultado de la pronunciada inflamación y la rigidez que presentaba en su menudo torso y sus extremidades.

La gravedad del caso imponía una urgente reacción, por lo que de inmediato Navas comenzó a trabajar sobre el endurecido físico de la niña con cuanto recurso tuvo a su alcance para atenderla.

Una extraña y silenciosa brisa marina, traída hasta allí desde lo inmenso del Atlántico, se hizo sentir aquella mañana de un agosto repentinamente cálido y lluvioso.

—Marta, es imprescindible canalizarle una vena por cualquier lugar para poder hidratarla, de eso depende todo en estos momentos —le dijo el especialista a la joven enfermera.

Efectivamente, de aquello dependía todo. El tétanos es una enfermedad infecciosa provocada por el microbio *Clostridium tetani* y se caracteriza por la rigidez y la tensión convulsiva que ocasiona en los músculos que están sometidos a la influencia de la voluntad y, por extensión, por la motivación de estados de espasmo o contracción continua de un determinado músculo.

La vía de entrada por excelencia del *Clostridium tetani* en el organismo humano es la herida, fundamentalmente la profunda, y su periodo de incubación es breve o prolongado, en dependencia del lugar por donde penetre el microbio. Provoca, además de la rigidez, la contracción de los músculos de la cara, principalmente de los que rodean la boca, y es por esta última causa que el paciente infectado adquiere una expresión peculiar conocida como *risa sardónica*.

En Cuba, como resultado del intensivo programa profiláctico ejecutado en el país con posterioridad al triunfo revolucionario de 1959, tanto esta como otras enfermedades endémicas y contagiosas, han sido erradicadas, y actualmente se consideran como padecimientos exóticos.

Ese día, Marta Clemente alcanzó lo que ella llamó "el mayor éxito" de su vida como enfermera, porque logró cumplir con la solicitud hecha por el doctor Navas, aun sin contar con el equipo apropiado para hacer la canalización de una vena en un recién nacido, es decir, sin lo que comúnmente se conoce entre ellos como la "mocha", una aguja tan pequeña como fina que posee, además, un dispositivo adicional para su sujeción.

¿Cómo logró cumplir Marta con el encargo del especialista?, se preguntará el lector. Pues, a través de una de las delgadas y casi imperceptibles hebras sanguíneas de la cabeza de la niña, valiéndose nada menos que de una aguja plástica y tan ordinaria como cualquier otra. Navas la felicitó y un ligero

chispazo de recuerdos antiguos la llevó involuntariamente hasta los días de su infancia, en Ciego de Ávila.

Una parte decisiva de la faena se había ganado por aquella estrecha y endurecida vena se emprendió el tratamiento que, con carácter urgente, se le indicó a la niña y que consistió en la introducción de una buena parte de los medicamentos y nutrientes orientados por el doctor Navas. Por ese canal, según se comprobaría en las horas siguientes, el minúsculo cuerpo volvía nuevamente a nacer.

Al tercer día de estancia en la institución hospitalaria angolana, la hasta entonces inmóvil infanta tuvo una manifestación que arrancó de raíz los desalentadores pronósticos del encuentro inicial con la pequeña paciente: comenzaba a succionar los alimentos.

La mejoría fue haciéndose notable y poco a poco, segundo a segundo, fue quedando atrás el conjunto de la sintomatología con que había llegado y, junto a ello, la punzante preocupación de quienes la atendían y de la madre, que no se apartó de allí ni un momento, y que desde la aparición de la normalidad en el rostro y el cuerpo de su hija, no cesaba de manifestar su agradecimiento: nada de regalos ostentosos, nada material, solo un infinito sentimiento de gratitud que la ahogaba unas veces y otras la provocaba lágrimas o sonrisas.

Pasadas unas semanas, la niña sanó completamente. Aquella mañana de agosto de 1979 cuando Marta la puso en brazos de la madre para que vol-

viera a su casa con la vida restablecida de su hija, tuvo lugar el siguiente diálogo:

—Marta, me voy ahora, después de muchos días de trabajo para ustedes. La niña vive por ustedes. Ella todavía no tiene nombre y yo deseo que tú escojas el que más te guste. Yo he pensado ponerle tu nombre, Marta. ¿Puedo?

La sencilla mujer había hablado como recogida en sí misma. La enfermera cubana, por su parte, profundamente conmovida por lo que acababa de escuchar, sacó equilibrio emocional de donde no sabe aún y, haciendo un esfuerzo por contener las lágrimas, le contestó:

—No mamá, mi nombre no. ¿No le gusta Milagritos? Es un nombre que tienen muchas niñas allá en Cuba.

—Sí, claro que sí. A mí me gusta el nombre que tú escojas.

—Pero, sobre todo, porque su hija es un milagro, un milagro de la nueva medicina cubana, de la medicina internacionalista; por eso Milagritos.

Así surgió el nombre de aquella niña, la única Milagritos en todo Porto Amboim y, con seguridad, otra de las que han renacido en Angola y en las naciones que han contado o disponen actualmente de médicos y técnicos procedentes de una lejana isla del Caribe, donde las expresiones de solidaridad humana se cuentan ya por cientos de miles, a pesar de que su pueblo obra, existe —y existirá— en un ambiente de paz armada y de confrontación impuestos por los círculos de poder de Estados Unidos, negados

a reconocer la facultad de quienes la habitan para darse y elegir de forma soberana su propio destino.

LOS TRILLIZOS DE WAMULA

Ya conocía que se trataba de un embarazo múltiple porque la había visto en otras oportunidades en la consulta externa. Pero ni en lo más remoto de su imaginación podría Águeda alcanzar la realidad que se le avecinaba.

Ahora Wamula aparecía de nuevo en el hospital de Ramadi con aquel vientre descomunal, su toxemia, su hipertensión, su albuminuria y su desproporcionado útero.

Ramadi es uno de los típicos pueblos del interior de la República de Iraq. Ubicado en la gobernatura de Al-Anbar, a unos 95 km al oeste de Bagdad, la capital iraquí, se distingue por la escasez de labranzas y la abundancia de interminables plantaciones de palmas de dátiles, conocidas entre los musulmanes como el "árbol de la tercera vida".

Wamula llegó poco después de la una de la madrugada. En visita anterior al hospital, se le había indicado que ingresara, en consideración a las características del embarazo que estaba haciendo, pero, el esposo, ente social que decide allí en los más mínimos detalles de la vida y el quehacer de la

casa y la mujer, se negó tan rotundamente que el zarrandeo de la cabeza lo aturdió momentáneamente.

A lo largo de sus nueve meses de gestación, Wamula no dejaría de cumplir con ninguna de sus obligaciones ordinarias y sus responsabilidades en la aldea. Dicho de otra forma, continuaría ocupándose de las tareas diarias del hogar, de andar largas distancias tras un interminable rebaño de cameros estilizados pero lentos, de llevar sobre su cabeza pesadas cargas de pasto para los animales o de trabajar en la fabricación de adobes para la futura ampliación del pequeño refugio residencial que compartía con Salda y Dahma, las dos restantes esposas de Abdelramán el-Haasán, hombre cuyo abuelo se resumía en su abotagada barriga, ciertas mañas y una pronunciada estrechez de criterio.

Durante el embarazo, por tanto, la fiel mujer de aquel comerciante de telas y tapices siguió ejerciendo una vida de esfuerzos y de rutinas, la misma de sus 33 años de existencia, en la cual jamás escuchó hablar de Hegel, ni de Rembrandt, ni de satélites artificiales, ni de perros bull-dogs, ni del único ojo que tenía Polifemo; sin sospechar siquiera que viviría hasta la muerte a pesar de Alá y con una ceguera de honradez y honor, entrega y obstinación que la hacían sentirse víctima de la fatalidad unas veces y feliz con su suerte otras.

El excesivo ejercicio, la falta de rigor en la alimentación y la ausencia de orientación médica, además de su carga laboral inevitable, le provocarían a Wa-

los medicamentos y verás como dentro de unos días viene a decirte que "ya el caballo está verguendo y con la tripa a dos codos".

—¿Eh? —exclamó el renombrado pediatra cubano con el ceño fruncido y una leve sonrisa asomada en sus labios.

CARTA A UNA NIÑA CUBANA

Hay pueblos que son capaces de hacer sentir su dimensión y su carácter, su temperamento o su modo histórico de ser a través de detalles o fragmentos de su vida que, a primera vista, pudieran parecer insignificantes. Tal es el caso del pueblo vietnamita.

Numerosas han sido las pruebas —léase lecciones— ofrecidas por esa nación del Lejano Oriente sobre su sentido de la libertad y la independencia; muchas y repetidas las de su amor a la patria y su voluntad irrenunciable a defenderla; fecundas, las de su concepto de la solidaridad humana y de la modestia.

A mediados de agosto de 1972, cuando los bombarderos yanquis amenazaban con arrasar toda especie viviente sobre el suelo de Vietnam en la injusta y despiadada agresión a ese país asiático, una niña cubana llamada Isabel Linares Ponzoa, hija de un

prestigioso médico, recibió una carta pródiga en detalles y pruebas que se han convertido en fuente de la que hombres y pueblos han recibido grandes enseñanzas. He aquí el documento:

Nam-Ha, Vietnam, 10 de julio de 1972

A mi querida y amable Isabel Linares:

Niña mía, recibirás esta carta escrita por un desconocido a quien no has visto nunca; pero eso no importa, ya que ahora vamos a familiarizarnos. ¿Estás de acuerdo?

Para que no tengas impaciencia te diré que soy el doctor Nguyen Tich-Y, colega de tu papá y director del Hospital Numero 1 de Nam-Ha, lugar donde se encuentra trabajando tu papá desde los primeros días de su llegada a Vietnam, para compartir el luego con nuestro pueblo.

Querida Isabelita Linares, sabes que esta mañana tu papá me mostró una foto tuya, en la que aparece "la gatica" acostada en el césped, en el fondo hay un cocotero y una casita del verdoso jardín de Cuba. Viendo la fotografía, los ojos de tu padre, en ese momento feliz, se vuelven alegres y la boca suya sonriente. También a él le tengo mucho cariño y por eso le pedí tu dirección para poder escribirte estas letras.

Conoció a tu padre hace 62 días. Es un hombre tranquilo, de pocas palabras, pero le gusta trabajar y trabaja mucho; también es rico en sentimientos,

cuidadoso, valiente y gentil. Es por eso que puedes, Isabelita mía, enorgullecerte de tu padre.

Isabelita, sabes que junto a mí y demás integrantes de la brigada médica de Cuba en Nam-Ha y a otros médicos vietnamitas, tu papá ha operado a muchísimas víctimas y enfermos nuestros, con buenos éxitos en las difíciles condiciones de un país donde existe la guerra como en Vietnam. Además, después de haber terminado los ataques aéreos norteamericanos, siempre tu papá, los camaradas cubanos y nosotros, ya estamos presentes en los lugares bombardeados y dispuestos a salvar vidas. Tu papá trabaja aquí sin cesar y recuerdo que en cierta ocasión me dijo: "En esta lucha antiyanqui, no podemos permitírnosnos descansar."

Diciéndome así, aquella vez tu "viejo" me obligó al descanso, porque estuve enfermo. Para él la preocupación ajena es mayor y poco se preocupa de sí, por lo que ha ganado prontamente muchos cariños y buenos sentimientos de sus colegas que día y noche trabajan.

Isabelita mía, ¿quieres que ahora te cuente algunos secretos que puede ser que tu papá no te los haya contado todavía? La cosa fue así: el 23 de mayo de 1972 las bombas yanquis cayeron cerca del lugar donde se albergó tu papá, en la ciudad taxilera de Nam-Dinh. Pero el 1ro de junio, la casa de dos plantas fue destruida por completo y el 20 del mismo mes bombardearon el hospital en que he

trabajado desde hace 17 años consecutivos. ¡Qué criminales son los yanquis!

¿Sabes tú, niña mía, para qué están destruyendo ellos los hospitales? Lo hacen solo para desmoralizar a los médicos y a nuestro pueblo, ese es su propósito y ellos mismos son asesinos profesionales. Los yanquis están realizando una guerra genocida contra nuestro pueblo, pero ¡qué grandes son sus equivocaciones! Porque no pueden apagar nuestra existencia como quieren y en cambio los estamos combatiendo y combatiendo mejor cada día.

Como te dije anteriormente, el Hospital Provincial Número 1 de Nam-Ha se está derrumbando y la casa donde se alojó tu papá en Nam-Tich, se convirtió en un montón de escombros. Sin embargo, esos criminales agresores yanquis no pueden alcanzar lo que desean. El hecho de que ni vietnamitas ni cubanos murieran en esos locales no fue cuestión de suerte, sino debido a la buena preparación que tenemos, con el fin de vencer definitivamente a los yanquis. Nuestra existencia, a pesar de los crímenes y monstruosidades de los norteamericanos, es una demostración de la inteligencia y el poder creador de nuestro pueblo en el trabajo y en la lucha contra la guerra destructiva de los agresores yanquis.

Isabelita, te regalo una foto mía, aunque creo que tu papá envió una igual a tu mamá. En ella estamos

presentes los compañeros de la brigada y yo, en un refugio del hospital evacuado.

Quisiera que le dijeras a tu mamá, que tu papá está bien de salud y se siente bien aquí, y que en cualquier lugar del norte de Vietnam donde se encuentre trabajando en beneficio de nuestro pueblo, él estará bien protegido, porque nuestros compatriotas lo quieren mucho, igual que a los demás cubanos.

Deseo que todos los tíos y tías cubanos puedan reunirse lo antes posible con sus familiares, ya que eso significa que la paz y la felicidad nos han llegado. Ese día todos los niños de Vietnam, entre ellos mis cuatro hijos —que son también tus amiguitos—, podrán vivir tranquilos y felices igual que tú y tus compañeritos. Eso es lo que deseabas a tus amiguitos vietnamitas en aquella cartita que hiciste al niño Ngovan-Hai, que tuve oportunidad de leer y me gustó mucho.

Esperamos ese día con la firme decisión de combatir y vencer a nuestros agresores norteamericanos.

Te deseo crecer pronto y que estudies bien. Haz extensiva mi felicitación a mamá, que esté bien de salud y alegre siempre. Muchos besitos para ti, Isabelita, y besa mucho a mamá.

Cariñosamente tu tío,

Dr. Nguyen Tich-Y

CON ESA RESPUESTA: ¡QUIÉN DICE EL NOMBRE!

El doctor Arnaldo Noves ascendió la breve escalera que daba acceso al viejo caserón donde residía la brigada médica cubana en Lahej, poblado ubicado a unos 40 km al norte de Aden, capital de la entonces República Popular Democrática de Yemen.*

Dirigía sus pasos con premura hacia la habitación donde se encontraba la instrumentista, la misma que cada día formaba junto a él y la doctora Limbanla, el entusiasta Irinomio cirujano-anestesiata-instrumentista, en el vetusto salón de operaciones del hospital Mártires de Abbas, de aquel poblado yemenita. Otros integrantes del colectivo habían llegado momentos antes y permanecían junto a la más joven entre los miembros del grupo.

—¿Qué comiste anoche? —le preguntó cuando estuvo junto a ella.

Al tiempo que escuchaba la respuesta, le palpaba el vientre, tratando de encontrar bajo sus dedos la causa de aquel repentino dolor que se le había presentado a su compañera.

—¿Padeces de indigestiones o de trastornos estomacales frecuentes?

* Esta nación y la República Árabe de Yemen reunificaron sus territorios el 22 de mayo de 1990, y desde esta fecha se unieron bajo el nombre único de República de Yemen.

agradable sonrisa, demostraba su excelente estado de ánimo tras la operación.

Hablamos poco, en atención a su convalecencia, pero, de aquel encuentro recuerdo, en especial, estas palabras:

—Lo principal, fíjese, lo principal es que no vaya a poner mi nombre cuando escriba sobre nuestra brigada.

—¿Y eso por qué? —indagué—. Y esta fue la respuesta:

—No quiero que mis familiares sepan ahora nada en cuanto a esta situación, sino que se enteren después que yo regrese a Cuba con mi misión cumplida totalmente. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —le dije.

IATÉ SEMPRE, PAI IATÉ SEMPRE, MAI

Nangolo iba mareado, sentía como si la cabeza le girara sobre sus escuálidos hombros. Por momentos, todo cuanto tenía delante se le perdía y le parecía que el cielo se le venía encima y, junto a este, las siluetas de hormigón de la ciudad de Nami-

be*. Así y todo, logró llegar hasta el hospital de esa sureña región angolana.

Se disponía a ascender los cinco escalones que anteceden a la entrada, cuando fue visto por la enfermera pediátrica Rafaela Delgado García a quien, en un *kimundo*** musilado, le dijo que se moría. Unos metros más allá, en brazos de la técnica cubana, quedó sin conocimiento, soñando quizás con la inefable muerte que le profetizara Andulé, uno de los tantos *kimbandas**** que conocieron de sus quejas y dolores.

¿Moriría Nangolo, el niño huérfano de cabellos indómitos, para subir hasta un Dios sordo también a sus reclamos y lamentos?

Ante la urgencia del caso, el doctor Mario Rodríguez, cirujano pediátrico, impartió órdenes precisas aquella mañana de ventisca otoñal. Nangolo presentaba un *megacolum agangliónico*, es decir, una gigantesca inflamación del intestino, y el acto quirúrgico no se hizo esperar.

* Bautizada por los colonialistas portugueses como Moçamedes o Mozamedes, nominación esta que llevó hasta meses después de conquistar Angola su independencia, a fines de 1973.

** La población angolana está constituida por decenas de grupos etnolingüísticos, cuyos dialectos se clasifican en *bantús* y *no bantús*. El *kimundo*, junto al *umbundo*, el *kicongo*, el *ganguela*, el *ambá*, el *andanga* y el *hanero*, se incluyen entre los que forman el primero de los grupos señalados y se habla en zonas del territorio angolano como resultado de las migraciones.

*** Curandero de tribu.

to. Sin embargo —según apreció Rafaela—, aun después de haberse restablecido completamente, Nangolo no quería irse del hospital; de manera que por acuerdo de la brigada, se decidió convalidarlo a residir en la casa donde ellos vivían.

Con el tiempo —relata Rafaela— Nangolo se fue haciendo nuestro; lo sentíamos como uno más en el colectivo. No solamente había logrado librarse de su grave padecimiento sino que aprendió, además, a hablar un poco de español y de portugués.

En ocasiones, yo me iba a Lucira, Tombwa o Carácuio, a más de 200 km de Namibe, y él me acompañaba y me ayudaba en las tareas de la vacunación, sirviéndome de guía unas veces y de intérprete otras...

Inevitablemente, llegó la hora de regresar a Cuba y de la despedida de aquella misión, del pequeño hospital de Namibe, de cientos de gentes y momentos difíciles... y también de Nangolo. Era un día de julio de 1976, un día de hacer maletas y decir adiós. Habían transcurrido casi 14 meses desde que Nangolo se presentara con su vientre repleto de parásitos y subdesarrollado. El país seguía en guerra.

Los siete integrantes de la brigada cubana se arremolinaban alrededor del transporte que los conduciría hasta el aeropuerto del lugar y ninguno se decidía a abordarlo.

Realmente fue un día triste para todos —confiesa Rafaela—, porque dejaríamos atrás en ese instante el lugar que nos había proporcionado una inguale-

ble experiencia como seres humanos y como profesionales; además Nangolo llegó a convertirse en un hijo para mí. Por todo esto nos costaba mucho trabajo subir al auto que nos esperaba...

Sin otra alternativa, Rafaela y el doctor Mario Rodríguez se abrazaron a Nangolo y el niño quedó amordazado entre cuatro brazos durante un lapso imperecedero y lo suficientemente estremecedor como para que las lágrimas, incluidas las del hombre, saltaran las fronteras de los párpados; esta vez como resultado de un sentimiento nuevo, tan hondo como único.

Nangolo levantó su cabeza con hidalguía. El microbús se zizajaba, al tiempo que las manos de los internacionalistas cubanos se movían en señal de indefinida despedida. Todos lo escucharon cuando, a viva voz, gritó:

—*¡Até sempre, pai! ¡Até sempre, mãe!**

Movía enérgicamente los brazos más allá de la cabeza para darles el mejor adiós a los que partían, cuando se sintió suspendido en el aire y cargado en hombros otra vez, ahora por los cinco médicos y las cuatro enfermeras, también cubanos, que días antes habían arribado para tomar el lugar de los que concluían su misión.

* ¡Hasta siempre, padre! ¡Hasta siempre, madre!, en idioma portugués.

El doctor Morales hablaba y Alcibiades lo observaba como si también con los ojos lo estuviera escuchando. Durante el tiempo transcurrido desde que terminaron la cena —poco más de una hora—, el técnico cubano de laboratorio clínico se había sentido participe de las innumerables experiencias que, en solo un año de trabajo en Etiopía socialista, había vivido aquel que ahora era su compañero de brigada y que a él le estaban negadas aún, por los escasos 23 días que llevaba como internacionalista de la salud en la región etíope de Harar.

La sobremesa con Morales se le había convertido, por así decirlo, en un ir y venir por mesetas, valles, cañones y límpidos picos como el norteño Ras Dashan —la cuarta montaña más alta de todo el continente africano, con una altitud de 4 620 m sobre el nivel del mar—, por ríos como el Abai, más conocido como el Nilo Azul, cuyos afluentes se dispersan por recónditos pasos intramontanos y selváticos de aquel territorio al que siglos atrás los comerciantes y conquistadores denominaron Abisinia.

Supo por el especialista cubano, además, sobre las variaciones climáticas que se presentan en el país en dependencia de las alturas y épocas del año, sobre las talas indiscriminadas de que habían sido objeto los bosques por grupos nómadas de principios de siglo, y supo también que, no obstante, aún

pueden encontrarse en la exuberante selva etíope llamativas especies de álces, acacias trepadoras, alcomoros y tamarindos que se entrelazan con los empinados eucaliptos que tanto se emplean allí como combustible para cocinar y protegerse del invierno, estación que, todo lo contrario que en Cuba, enseña su rigor a mediados de año.

En esa selva —según le explicó Morales—, donde el silencio sugestivo por momentos y por momentos fascina, se conjugan los trinos de un sínfin de aves con la expresión bronca y aguda de elefantes, rinocerontes, hipopótamos, leones, tigres y leopardos que no cesan en su acecho a jirafas, avestruces y antílopes.

Allí se refugian —le dijo— múltiples especies de monos entre los que sobresale, con su característica melena, el papión sagrado, aquel que alguien llegó a considerar el posible eslabón perdido entre el hombre y los ancestrales simios.

Guardó el técnico en su memoria, desde esa tarde, innumerables voces del *amanco*,* que después

* Idioma oficial en Etiopía. Se encuentran muy difundidos en esa nación el inglés y el árabe, y en menor escala el italiano. Además, se hablan alrededor de 70 lenguas semíticas cushitas que permiten la comunicación entre las más de 75 nacionalidades que viven en territorio etíope.

repetirla con la rapidez y normalidad del mismo etíope, tales como *guardiña*, *amasagrínalo*, *batón turu-ko*, *danasteli*, *anyera*, *uja*, *mamush* y *tele*,^{*} entre otras expresiones que le facilitaban la comunicación con miles de ciudadanos de esa nación del cuerno africano.

Este hecho, es decir, la transmisión de conocimientos de los cooperantes internacionalistas que más tiempo acumulan en el cumplimiento de su misión a los compañeros recién llegados, no ocurre de forma aislada en la práctica del internacionalismo; sucede, por el contrario, con mucha frecuencia y es, como otras, una de las muestras del espíritu de hermandad que se establece entre los hombres en circunstancias como estas, en que la lejanía de la patria y los familiares, y las complejas condiciones de vida y trabajo se deben afrontar con una férrea voluntad y una constante solidaridad humana.

Tampoco es extraño, aunque lo parezca, encontrar integrantes de brigadas de constructores, trabajadores de la medicina o de otras ramas que, en el transcurso del cumplimiento de la misión, se dedican en el tiempo libre al estudio pormenorizado de las particularidades históricas y geográficas de la nación, de las especificidades de su fauna y su flora, y

de la idiosincrasia y las costumbres de las gentes, lo cual los convierte en obreros, técnicos y profesionales mucho más preparados.

Los hay por decenas que, además de facilitar sus experiencias y conocimientos en tal sentido a los compañeros de más reciente ingreso en el colectivo, han ofrecido en su centro de trabajo, al regreso, interesantes conversatorios que engrandecen aún más sus misiones.

La tarde comenzaba a declinar en el cielo etíope aquel 18 de octubre de 1980 y los ya débiles rayos del sol, latido e inflamado en el horizonte, tomaban púrpuras los rostros. Varios colaboradores se acercaron a Morales y Alcibiades, que aún continuaban su animada charla, para informarles sobre una reunión que de inmediato se produciría en el pequeño comedor y a la cual debían asistir ambos por orientación del jefe de la brigada. El doctor Morales preguntó cuál era el tema, pero una enfermera, con un rapidísimo guiño que solo él percibió, le dijo no saber de qué se trataba.

—Pues, andando se quita el frío —expresó el médico cubano, quien, enseguida, se percató de que algo se tramaba por los demás integrantes del colectivo.

En el lugar acordado se habían dado cita todos los miembros de la brigada. Al completarse el grupo, y a la orden de uno de sus integrantes, comenzaron a cantar nuestro habitual *Felicidades* sin dejar de mirar sonrientes a Alcibiades, cuyo nombre ape-

* Voces del amárico escritas en español, según su pronunciación aproximada a nuestro idioma. Su significado, en el mismo orden, es el siguiente: compañero, cubano, gracias, muy bueno, ¿cómo está?, comida típica, agur, niño o hijo.

recía en ese momento en un mural con grandes caracteres rojos.

A continuación se escuchó el Himno Nacional cubano y acto seguido la voz del doctor Gustavo Aldaco Sarria, quien expresó:

En nombre de nuestras instituciones y de todos los compañeros de la brigada médica cubana en Harar, le damos nuestras más sinceras felicitaciones al compañero Alciblaides Santana Martínez, por arribar a su cumpleaños número 34, en momentos en que se encuentra aquí, en suelo africano, entregando sus servicios especializados a una nación que tanto los necesita.

No sería solamente en aquel cumpleaños colectivo que se escucharía el nombre del técnico de laboratorio clínico en boca de los 61 integrantes de la colectividad cubana. En lo sucesivo, durante 20 de los 23 meses que permaneció allí, Alciblaides fue seleccionado como el más destacado por su eficiente labor.

Esa noche, Alciblaides se mantuvo en vigilia sobre su cama durante un largo rato, hasta finalmente quedarse dormido. Y fue entonces que se vio envuelto en aquel sueño inapagable, en el que todos los exponentes de la fauna y la flora de África, con un parloteo alegre y multiforme, recorrían el mundo formando una procesión infinita con pancartas en las cuales se anunciaba que los hombres habían acordado poner fin a las fronteras de sus respectivos países y el planeta Tierra ya no se llamaba así, sino HUMANIDAD.

OTRA VICTORIA

—Y tú, Pintado, ¿no tienes nada que contar? —dijo el doctor Pedro García Alfonso, intentando romper, con la solicitud, el breve silencio que se había producido en el animado coloquio.

Las miradas fueron en busca del especialista nombrado, quien hasta ese momento había permanecido a la escucha de las vivencias y anécdotas referidas por sus compañeros de trabajo.

Un grupo de trabajadores de la salud del Hospital Clínico Quirúrgico de Sancti Spiritus —todos con tareas cumplidas en otros países— formaban el quórum de aquella charla improvisada e informal, que se había convertido en un manantial vigoroso del cual surgían recuerdos e historias que magnificaban un ejemplar quehacer.

El cirujano Joaquín Pintado sonrió levemente, como si fuera su costumbre hacerlo de esa manera, encimó la silla a la mesa más próxima y, sin abandonar la expresión grave que habitualmente lo acompañaba, dijo:

—Creo que todos los que hemos tenido el privilegio de expresar el internacionalismo en la práctica, tenemos algo que contar.

Fueron sus palabras preliminares. Luego de una pausa para ordenar sus ideas, Pintado refirió lo que

A diferencia de aquellas actitudes —según hizo constar Orozco—, la brigada médica cubana garantizó el servicio en el hospital durante las 24 horas desde el mismo momento en que arribó, lo cual motivó innumerables expresiones de reconocimiento y aceptación por parte del pueblo y, por supuesto, de rechazo e incomprensión por lo anteriormente referido.

El señor Edward Seaga, exgobernante de dicha nación, por su parte, no escatimó frases denigrantes e injurias contra la brigada médica cubana. Sin embargo —puntualiza el especialista cubano—, lo que nosotros nos llevamos como el mejor recuerdo y como el premio mayor fue el cariño y el respeto de cientos de hombres, mujeres, niños y ancianos, lo cual le fue imposible detener al reaccionario personaje.

¿Y en qué quedó el caso de la señora Campbell?

En lo concerniente a aquel caso, el Colegio Médico acordó que se le pasara a nuestra brigada, tal como nosotros habíamos solicitado, y el doctor Jaime Davis, prestigioso especialista cubano en cirugía, quien desempeñó las funciones de jefe del colectivo cubano durante el tiempo que allí permanecimos, se ocupó de extirparle el fibroma a la humilde mujer y de seguirla la atención posoperatoria hasta su completa recuperación sin cobrarle ni un centavo.

ARQUETIPO Y LECCIÓN

Los hombres van en dos bandos: los que aman y
hunden, los que odian y deshacen...

José Martí

KIFANGONDO: CONTIENDA MILITAR DE LEYENDA

Tan imborrable como amargo, a la par que una patética experiencia, debe ser el recuerdo de aquel 11 de noviembre de 1975, para los sectores que han intentado frenar o hacer retroceder el proceso revolucionario en el continente africano. En esa fecha tuvieron lugar las incidencias de la contienda conocida como la batalla de Kifangondo, instante decisivo en

la historia de lucha de la República Popular de Angola, conocido como *Nshila wa Lulu** por los que allí tuvieron la vivencia de una aplastante y electoradora derrota.

La victoria de Kilangondo, clímax de un épico combate que se inició el 23 de octubre de 1975 y concluyó el 15 de noviembre de ese propio año, dejó en seco a las fuerzas del denominado Frente Nacional de Liberación de Angola (FNLA), a su cabecilla Holden Roberto, a batalliones elites del ejército regular de Zaire y a mercenarios blancos que los apoyaban y que se encontraban como ellos a las mismas puertas de Luanda, la capital angolana.

Unos días antes el obsesivo Roberto había declarado públicamente que sus fuerzas arribarían a Luanda el 10 de noviembre y consumaría su acción contra el Movimiento Popular para la Liberación de Angola (MPLA), cuyo líder, Agostinho Neto —según dijo Roberto—, sería ajusticiado y arrastrado.

A todas luces, el inexperto agente de la CIA incurrió en errores tácticos y, más que eso, despreció elementos que su ambición no le permitió tomar en cuenta. En Kilangondo, como es conocido, combatieron por primera vez, y desde la misma linchera, medios y fuerzas armadas angolanas y cubanas, con lo cual no contaban la atroladora maquinaria bélica de Roberto, Sudáfrica y Zaire.

* Camino de la muerte, en dialecto umbundo

Jornadas iniciales de la batalla

Con el nombre de Kilangondo son conocidos un pequeño poblado semirural y un espacioso valle que se encuentran a solo 20 km de Luanda, exactamente entre la playa de Cacumaco y la zona de Funda. Hasta ambos se llega por una estrecha y zigzagueante carretera que enlaza la capital angolana con la localidad de Caxito, la principal de las ciudades de la provincia de Bengo.

En las inmediaciones de dicho poblado, en un lugar al que tradicionalmente se le llama Morro de Cal, ocurrió el 25 de octubre de 1975 el primero de los combates que conforman la batalla de Kilangondo. En esa fecha, un batallón de las fuerzas armadas angolanas, cuya misión era tomar el mencionado morro, fue interceptado por tropas combinadas bajo el mando de Holden Roberto a la altura de la dirección conformada por las zonas de Funda-Kilangondo-carretera de Caxito. Tras el choque inicial, el batallón angolano se reagrupó y pasó a la defensa en el terreno de Kilangondo.

El segundo de los combates se produjo ese mismo día, en horas de la tarde, como resultado del avance de las fuerzas enemigas que los combatientes angolanos llamaron "fantoques" y a las cuales se les ocasionaron las bajas necesarias como para obligarlas a una retirada que permitió a los efectivos del batallón angolano establecer un correcto sistema de fortificaciones y preparar en forma óptima sus armamentos y equipos.

Luego de esta última acción y hasta el 5 de noviembre, en el frente de combate se mantuvo una relativa calma y solo fueron percibidos movimientos nocturnos de vehículos entre las posiciones enemigas. Obviamente, aquella calma no era otra cosa que el tiempo imprescindible para el reagrupamiento y disposición táctica de las fuerzas de Roberto, previo a la embestida que entonces planeaban.

A las 7 00 de la mañana del 5 de noviembre, la situación comenzó a transformarse nuevamente. A partir de esa hora, los hombres de Holden Roberto, con el apoyo de los batallones zairenses y los mercenarios blancos, iniciaron una intensa preparación artillera, especialmente con morteros de grueso calibre y, seguidamente, hicieron avanzar cinco blindados AML-60 y AML-90.

Ante la inminencia del ataque, el sistema defensivo del batallón angolano abrió fuego con morteros de 82 mm y 120 mm, y aproximadamente a las 2 00 de la tarde, sin haber podido avanzar, dejando un saldo importante de bajas, los "fantoques" se vieron sin otras alternativas que el repliegue y la retirada.

Un papel significativo en este resultado parcial, correspondió a las piezas de artillería antiaéreas 14,5 mm, conocidas como "cuatro bocas", las cuales fueron emplazadas para la ocasión en condiciones de tiro terrestre y se convirtieron en un verdadero azote tanto para la infantería descubierta de los atacantes como para sus vehículos de trans-

porte. En esta jornada, según reportes iniciales, el batallón de las FAPLA no sufrió ninguna baja.

El comienzo del fin

Como parte de la continuidad de la batalla de Kifangondo, el día 9 el enemigo inició las acciones con fuego de exploración ejecutado con una de sus piezas de 140 mm dirigida hacia diferentes puntos. Algunos de los proyectiles, como consecuencia de la elevación de la pieza, fueron a caer sobre los barrios de las afueras de Luanda. Uno de ellos, según testigos, hizo impacto en la zona de Grafonil y ocasionó la muerte de un civil.

A juicio del mando angolano, con esta acción el enemigo preparaba las condiciones para un ataque aún más fuerte, de manera que orientó de inmediato el reabastecimiento de municiones hasta niveles superiores a las normas establecidas; fueron perfeccionados los refugios, emplazamientos y trincheras de cada soldado, y los jefes esclarecieron las misiones a cumplir. El jefe del batallón y el sustituto para el trabajo político visitaron personalmente a todos los combatientes y comprobaron la confianza y la fe que cada uno tenía en la victoria.

A las 4 50 de la madrugada del día 10 de noviembre, tal como se esperaba, el enemigo repitió una preparación artillera que se extendió hasta pasadas las 9 00 de la mañana, hora en que inició el movi-

miento de sus fuerzas de infantería, precedida por nueve blindados, primero en columnas sobre los vehículos y luego a pie, desplazadas en un frente que no rebasaba el kilómetro de ancho.

Del otro lado, luego de facilitarles el avance permisible con un breve compás de espera, se escuchó entonces la orden de ¡fuego!, y el valle se estremeció hasta las mismas raíces de sus centenarios imbondeiros. * Las piezas de artillería antitanque de 76 mm de las fuerzas angolanas, empujadas en la pequeña elevación de Kitangondo, comenzaron su labor y, de arrancada, cuatro de los blindados de Roberto, incluido el del jefe de la plaza, fueron abatidos en la primera parte de la contraofensiva.

En forma escalonada y con un fuego eficaz se amplió seguidamente la riposta desde la colina, con andanadas de morteros de 82 mm y 120 mm, lo cual obligó al enemigo a trasladar con urgencia tropas frescas hacia una nave de gallinas (pollera) abandonada en una zona cercana a la retaguardia.

La maniobra fue detectada por los medios angolanos de observación y, exactamente a esta altura de las acciones, entraron al combate los lanzacohetes múltiples BM-21 que, con un fuego arrasador, pusieron fuera de combate a una gran parte de la infantería atacante, a las fuerzas que se concentraron en la pollera y silenciaron las piezas de 140 mm y otros medios de diferentes calibres del enemigo.

* Árbol típico de la flora angolana, muy parecido a la caña cubana, pero de dimensiones muy superiores.

Lo que en la práctica constituía la consumación de los planes que habían hecho traspasar a algunos en el cuartel general de la Agencia Central de Inteligencia de los Estados Unidos, en Kinshasa y en Pretoria, confiados al voluntarismo Roberto, comenzaba el patético derrumbe.

Mientras, desde el entarimado, en una serranía cercana al valle —a la manera de un circo romano—, observadores de la CIA y asesores sudafricanos y zairenses contemplaban el curso inesperado de los acontecimientos. *

Relato del agente GS-14 de la CIA

Entre los espectadores que tuvieron la oportunidad de presenciar la jornada decisiva de la batalla de Kitangondo, se incluyó el oficial de caso (GS-14) de la CIA, John Stockwell —actualmente retirado—, quien trabajó durante 12 años en operaciones clandestinas de la Agencia como integrante de su División África y fue designado como jefe de la fuerza de choque de esta para el programa de Angola. Él relató aquel instante de la forma siguiente:

"La moral era alta. Los soldados tenían confianza en sus oficiales y en sí mismos: últimamente se habían enfrentado y derrotado a las fuerzas del

* Documentos varios. Museo de Historia de la Misión Militar de Cuba en la República Popular de Angola.

MPLA en varias escaramuzas. Desde la sierra que quedaba tras ellos, habían visto los enormes tanques de almacenamiento de petróleo en las afueras de Luanda. Roberto, individuo obsesivo por su lugar en la historia, veía ya la meta de su lucha de toda una vida a la vuelta de la próxima sierra, detrás de unos pocos soldados del MPLA y algunos cubanos.

Efectivamente, días antes, habían arribado a suelo angolano, a solicitud del legítimo gobierno de esa nación, varias docenas de combatientes internacionales cubanos con cuyo apoyo consolidaron sus posiciones las fuerzas armadas angolanas y fue preservada la victoria del MPLA sobre el colonialismo portugués. Angolanos y cubanos, formando en esa jornada una sola fuerza, aguardaban desde esa "próxima sierra" el avance de la heterogénea falange mercenaria.

"En el cuartel general de la CIA, en Langley" -agrega Stockwell- "la Fuerza de Choque de Angola celebraba el Día de la Independencia Angolana con una fiesta en horas de la tarde, en la que se servía vino y queso en las oficinas decoradas con papel crepé. Había acudido gente de todas partes del edificio, de la Fuerza de Choque Portuguesa, del Buró Francés, del Grupo de Operaciones Especiales, para brindar por la continuación del éxito del programa.

"Entonces los cohetes cubanos de 122 mm comenzaron a caer en el valle de Kilangondo, no como meros golpes secos de truenos aislados, sino en

salvas de hasta 20 a un mismo tiempo. La primera salva se pasó del blanco, silbando sobre las cabezas de los espantados soldados del FNLA para asustarse en el valle con horrísono estruendo que rompió los tímpanos. La salva siguiente se quedó corta. El pequeño ejército estaba atrapado, expuesto al fuego del enemigo, en un valle abierto, al descubierto. Los soldados escuchaban los estallidos con terror indescriptible, arrojándose contra el suelo, como al quisieran enterrarse, o quedándose de pie, inmovilizados por el pánico, para ver como la siguiente salva caía en medio de ellos. Y la siguiente. Y la siguiente."

"Las tropas de Zaire, las mejores de Mobutu" -señala el exagente de la CIA- "desahogaban su frustración en las aldeas y poblados en la ruta de su fuga, con una ola de terrorismo, violaciones y pillaje al extremo que los tribehos kongo del norte de Angola rogaban por la pronta llegada de los liberadores cubanos y el MPLA".

Tal fue la víspera del desenlace de la epopeya con la que el 10 de noviembre de 1975 se inició la alianza combativa de las FAPLA y las FAR. En el ámbito de las acciones de Kilangondo, en lo adelante, la situación en el campo de batalla giraría en 180 grados.

El último de los combates que conformaron esa legendaria acción militar tuvo lugar días después, el

¹ John Stockwell. *En busca de enemigos. Una historia de la CIA*. Editorial de Ciencias Sociales, Ciudad de La Habana, 1980, pp. 236-237, 238.



15 de noviembre, y consistió en una imparable ofensiva sobre toda la zona que había servido de abrigo al enemigo y que hizo ascender a más de 300 el número de "tanchos" fulminados y a 80 el porcentaje de efectivos blindados destruidos en el campo de batalla.

Efectivos capturados en las horas siguientes informaron que al caer los proyectiles de BM-21 cayeron, incluso, hasta los jefes de unidades que minutos antes habían emitido la orden de fusilar a todo aquel que retrocediera.

La batalla de Kifangondo impidió la toma de la principal de las ciudades angolanas; posibilitó la proclamación de la Independencia de la República Popular de Angola; garantizó que el joven Estado fuera reconocido internacionalmente, y simbolizó una gran victoria de las armas revolucionarias en África y del internacionalismo.

Con un combatiente cubano

Entre los combatientes cubanos que desde la abrupta elevación donde rompe el valle de Kifangondo, pusieron en alocada fuga a los "tanchos" del FNLA y comparsa, se encontraba Diógenes Rivero Chamarro.

Llegué a Luanda el 6 de noviembre de 1975, formando parte de la avanzada que tenía como misión, junto a las FAPLA, detener el avance y la inminente

... cuando las tropas de Holden Roberto en esa ciudad. De manera que desde nuestro arribo nos trasladamos directamente hacia Kitangondo.

¿Por qué precisamente al valle de Kitangondo?

Entre las columnas enemigas que combatían en distintos lugares del país, la de Caxito era la más avanzada y la que tenía la misión de tomar la capital; una columna reforzada con efectivos y técnica de Zaire y Sudafrica que había salido airosa en algunos combates y que, entre otros elementos a considerar, contaba con ese estímulo y con el apoyo exterior, además de estar comandada directamente por Holden Roberto. Desde el punto de vista técnico-militar, la elevación con la cual termina el valle, o con la que comienza, se convertía en un lugar seguro para nuestro emplazamiento y de difícil acceso para el enemigo. De hecho ya las FAPLA habían ubicado allí un batallón.

¿Cómo apreciaste al contrario?

Creo que venían un poco confiados, quizás porque les hicieron creer que ya tenían a Luanda en un bolsillo, quizás porque subestimaron la capacidad defensiva de las FAPLA o de nosotros; lo cierto es que salieron en desbandada, en una rebreda tan desorganizada que contribuyó aún más a la derrota. Lo que constituía la avanzada de infantería fue casi totalmente abatida por las primeras salvas, pero quedaron los emplazamientos de 140 mm de que disponían en la retaguardia. Contra estos, contra lo que quedó de la infantería y contra un apoyo que les

llegó al final, estuvimos combatiendo durante tres días.

¿Hasta dónde exactamente pudieron avanzar las tropas de Holden Roberto?

Lo que se dice avance total, con toda la técnica, hasta un lugar que sirva de límite al valle y que se llama la Barra de Dande, es decir, hasta el cruce que hay en la carretera Luanda-Caxito. En ese lugar, a unos 25 km de la capital angolana, se acantonaron y se hicieron fuertes antes de lanzarse a cruzar el valle. Nuestra misión era detener de cualquier forma ese avance, impedir a toda costa que se acercaran más a Luanda.

¿Lo lograron solamente con la concentración de fuego artillero?

No. Además de eso, volamos el puente existente en la carretera sobre el río Bengo, para obstaculizar el avance de los medios de combate enemigos.

¿Sentiste miedo en algún momento?

No, pero sí sentí algo que nunca antes había experimentado: turbación por las detonaciones, embriaguez por el olor de los explosivos, coraje multiplicado... No sé explicar con exactitud.

¿Te mantuviste siempre con esa misma columna?

No, participé en la ofensiva hacia el norte hasta Kivale, a unos 150 km de Luanda; después fui trasladado al Frente Este como jefe de exploración.

¿Estuviste en otros combates?

Si, como integrante del Frente Este participó en la toma de la ciudad de Luzo, en el de Gaocutinho, en Luquambo y en la emboscada del río Lumege, entre otros.*

Epílogo

"La guerra de Angola fue en realidad la guerra de Kissinger. Frente al criterio de algunos de sus colaboradores más cercanos se empeñó en realizar operaciones encubiertas para liquidar al MPLA, a través de los grupos contrarrevolucionarios FNLA y la UNITA, con el apoyo de mercenarios blancos, Zaire y África del Sur. Se dice que la propia CIA le advirtió que tales operaciones clandestinas no podrían mantenerse en secreto..."²

A finales de diciembre de 1975, las tropas de Zaire habían sido rechazadas en Luanda; Cabinda, otro de los enclaves en peligro, también había logrado salvarse; los sudáfricanos estaban contenidos y desmoralizados en las márgenes del río Geeva; el

* Actualmente Luena, capital de la provincia angolana de Moxico

² Fidel Castro: "Discurso pronunciado en el acto central por el XIV aniversario de la victoria de Playa Girón y la proclamación del carácter socialista de la Revolución Cubana". Editado por el DOR del Comité Central del Partido Comunista de Cuba, La Habana, 1976, p. 25.

FNLA, diezmado, y ningún envío de armas de la CIA habría cambiado ya el curso de los acontecimientos.

SAMUEL BARTUTES ROMERO: EL VERDADERO DELEGADO DE LA PALABRA

Deambulábamos en los trajines propios de la profesión por la primera de las villas cubanas —la distante y presente Baracoa— bajo ese sol regularmente intenso y habitualmente limpio que tienen nuestras provincias orientales, con el que se lustran y relucen desde las más opacas hojas hasta las pequeñas y andrinas olas que en días de calma —como lo era aquel viernes— forma el mar Caribe al hacer su entrada en la cañida bahía de esa histórica localidad.

Habíamos solicitado entrevistar a un joven educador que contara solamente con el extraordinario mérito de haber impartido la docencia como internacionalista en otro país y el resultado, por obra de la casualidad y la necesidad, ha sido este: he conocido a Samuel Bartutes Romero, al verdadero "delegado de la palabra".

Como integrante del primer contingente del destacamento pedagógico internacionalista "Augusto César Sandino", marchó en noviembre de 1979 hacia la República de Nicaragua —cuatro meses después del triunfo de la Revolución Sandinista—, donde

¿Y el resultado?

Lo cumplimos, por supuesto. Regresamos cuando teníamos acumuladas 1 268 000 arrobes. Como podré apreciar, aquello más que todo fue un símbolo de solidaridad con esa nación.

Domitila, ¿cuál ha sido el mayor estímulo que usted ha recibido en su vida?

El tiempo había transcurrido sin damos cuenta. Ya era casi imperceptible la luz del día. Se recostó completamente al respaldo de la silla, allí en el comedor de un apartamento que ganó con sus éxitos como machetera; cruzó los brazos al frente de su torso y miró a su alrededor, hasta encontrarse con la vista de su hija, quien también esperaba por la respuesta.

Son muchos —afirmó de forma concluyente y agregó—: *Toda mi vida hoy y la realidad que vivo son estímulos que he recibido gracias a la Revolución sin la cual, le digo, no podría precisar qué sería yo en la actualidad. Siempre tuve esperanzas, muchas esperanzas, de que nuestra situación cambiara; pero, sinceramente, sin que me quede nada por dentro, nunca pensé, ni remotamente, ser lo que soy ni tener lo que tengo hoy: cuatro hijos, dos hembras y dos varones, que no conocieron ni conocerán la miseria que yo sí conocí y que llegarán a ser lo que sean capaces. Eso vale mucho. Por esa parte, tengo un gigantesco estímulo. Me siento útil a la sociedad, tengo el respeto, la consideración y el cariño de todos los que me rodean y eso también lo es. Tengo una guía permanente, una escuela que*

me ha educado, gracias a la cual pude alcanzar el sexto grado y, en lo material, tengo lo necesario para vivir decorosamente. ¿A qué más puedo aspirar?, ¿qué otra cosa se puede ambicionar cuando se tienen todas estas cosas? Por eso le digo, y así lo digo de corazón: me siento millonaria.

MAYOMBE: INTRÉPIDA Y BRAVÍA PELEA CONTRA LA NATURALEZA

Tombar un *takula* no es nada fácil. Se trata de uno de los gigantesco árboles que pueblan la legendaria y fecunda selva del Mayombe, en la región norte de la República Popular de Angola, lugar donde dieron pruebas de intrapidez y bravura los primeros 400 cooperantes cubanos que allí laboraron en el corte y la extracción de la madera, y en la repoblación forestal como integrantes del contingente "Arnaldo Milán Castro" del Ministerio de la Agricultura de Cuba.

Tampoco es nada sencillo echar a tierra un espi-gado *kaiungo* —o sipo, como también los llaman— y mucho menos algunos de aquellos rectos y durísimos *mengi-mengi*, con más de 500 años, todos de fibra acenada, multicolor, preciosos.

Sin embargo, caen: unos, en quince minutos, otros, en una hora, pero todos caen invariablemente cuando la técnica, la experiencia y la voluntad hu-

...una se unen y las entran en forma de serrate por sus inmensos y a veces impenetrables troncos.

Cabinda-Buco Zau

Desde Cabinda, el más al norte de los enclaves territoriales angolanos, hasta Buco Zau, hay que andar unos 110 km, la mitad de estos, bordeando la costa hasta la pequeña localidad de Cacongo, donde la estrecha carretera comienza a reptar por pequeñas elevaciones; primero, entre escasa vegetación, luego, bajo el tupido follaje con el que se inicia o concluye la extensa y frondosa selva del Mayombe, cuyos predios abarcan decenas de kilómetros cuadrados de Angola y otras naciones del África austral, muchos de estos aún inexplorados por el hombre.

La llegada de los cubanos al lugar se produjo a finales de julio de 1963, y los que constituyeron la avanzada debieron afrontar el difícil medio ambiental que predomina en esta zona, donde la naturaleza es dueña y se impone en casi el ciento por ciento de los parajes fértiles, agrestes y húmedos que caracterizan la franja que se extiende a lo largo de la frontera de Angola y el Congo.

Cuentan que una de aquellas noches iniciales, cuando se dormía bajo árboles y estrellas en la remota Inhuca —asiento de la primera acampada—, apareció un enjambre de homigas depredadoras y

susurrantes, como una alfombra en movimiento, y convirtió en polvo cuanto encontró a su paso, incluidas las pertenencias de varios de los colaboradores cubanos. Alguien olvidó un pantalón en el brocal de un pozo que ellos mismos habían abierto para procurarse el agua y, al retomar en su búsqueda, solo encontró los botones.

Semanas después se produjo el traslado hasta Buco Zau, donde igualmente debieron crear las condiciones de vida: caminos, naves, dormitorios, enfermería y comedores, entre otras.

Buco Zau-Kimasebi

¿Y los restantes animales, las fieras y los simios salvajes de los que tanto se habla cuando se trata de la selva africana?, se preguntará el lector. Al parecer, en la misma medida en que tuvo lugar el avance del contingente, estos fueron retirándose hacia el norte y al este, para huir quizás del ruido de los potentes motores de los camiones-rastras y bulldóceres con los que se trasladan los inmensos bolos de madera o se abren kilómetros de caminos en aquella madeja de árboles que a primera vista dan la impresión de una impenetrable cortina verde. Pisadas, rastro frescos, guardas recién abandonadas, fue lo único que pudimos ver, porque lo de la entrada de una hermosa gorila embarazada en una de las in-

campesinos del campamento, reunió, día tras día, a nuestros amigos.

Abundan, así, decenas de aves: caracaras y guilas, osas que enredaban con sus vísceras verdosas a arribanes o marichuanas, también centenarios, más de insectos de las más diversas especies y de los cuales se cuidan los serrilleros o *canadros*, los prospectores y selectores de árboles, quienes se arrastran regularmente y en forma silenciosa en la profundidad de la selva real para escoger los mejores cortos. Los reptiles eran también una constante preocupación.

Buru Zau es la cabecera del municipio argenteo, de igual nombre y dista unos 500 km. del resto de Luanda, la capital del país. Allí reside cerca de la mitad de los trabajadores agrícolas cubanos cuando los visitamos, a sólo dos meses de su llegada. Es el lugar donde permanecían los que tenían a su cargo la extracción y traslado de la madera hacia los camiones de arripa, o *tumbaderos*, algunos órdenes parte del personal de dirección del contingente y un número reducido de técnicos.

Los restantes, los integrantes de las brigadas de corte y extracción: serrilleros, traccionistas, prospectores y marichuanas, entre otros, lo hacen en un campamento *construido* por casas de campaña en un descampado abierto en el interior de la foresta, conocido como *Kimasi* o Loma del Viento, exactamente en una pequeña elevación escondida bajo el follaje de colosales árboles.

En ese sitio, distante de Buru Zau unos 25 km. en un sendero, se encontraban prestados, sin serlo, 3 de las 12 cuberos que formaban parte de aquella primera averzada: la doctora Berta Hernández de Ciudad de La Habana, y las doctoras Argelia Ramos y Margarita Rojas, procedentes ambas de la provincia oriental de Las Tunas. El contingente deportivo, además de un médico uruguayo, el doctor Felio Ricardo Santiago, también seleccionado en la capital cubana.

Trabajamos y vivimos en condiciones de campaña, como se puede ver y, sin embargo, las incidencias de enfermedad son mínimas, si se toma esto en consideración. Pienso que esto se debe, por una parte, a las diferentes medidas que se han adoptado en el orden profiláctico y, por otra, a la fortaleza demostrada por los compañeros, en especial los que se dedican directamente a la actividad forestal, dice la doctora Hernández.

Buscando a Bernardino Hurtado

El día estaba plomizo el día que nos reunimos en la zona de corte a bordo de un vehículo desprovisto de techo, pero ligero. En la selva llueve con frecuencia, sobre todo en los meses finales del año, época en que el trabajo se hace prácticamente imposible por la abundante precipitación y el deterioro de los caminos. La media anual de lluvia en esta

según estadísticas oficiales, fluctúa entre los 1 200 mm y 1 500 mm. El suelo, por consiguiente, se mantiene habitualmente húmedo, sobre todo en los lugares donde el entretajo de las ramas impide la penetración de los rayos del sol o los reduce al mínimo.

Los cortadores y todos los demás integrantes de las brigadas extractivas batallaban contra el tiempo, tratando de ganarles terreno a las ya inminentes lluvias de octubre. Los instrumentos y demás equipos funcionaban sin cesar. Los árboles caían, y motivaban en su descenso un estrépito de crujió de ramas, agudos chillidos de pájaros y animalillos y, finalmente, el estruendo resonante que simboliza la conclusión de un nuevo combate contra la naturaleza.

Estos que al caer provocaban tal ambiente, eran por lo regular los mayores ejemplares, algunos hasta de 30 m de alto y más de 50 m³ de madera en los rectos troncos, abrazados siempre a los más cercanos congéneros al nivel de las copas.

Entre decenas de especies y como ciclópeas exponentes del reino vegetal, aparecían allí el *takula*, más allá la *kambala* y a su lado el admirado *bosae*—los tres considerados maderas preciosas—; el *menga-menga* y el *longi*, de durísimos troncos, y la *llomba*, de reconocido valor comercial.

También se localizaban otras con características adecuadas para el procesamiento industrial, aunque de baja estimación en cuanto a las posibilidades comerciales, como la *kakuma*, el *panse* y el *kasse*, el *panzun*, el *bidi* y la *difuoma*.^{*}

El longi abrió una zanja al caer

Penetramos selva adentro en busca del más destacado de los cortadores cubanos. Su motosierra, instrumento mecánico del que se audían los serraderos para su labor, rompía el silencio más allá de una quebrada, junto a voces que llegaban desde distintas direcciones. Unos nos decían "por acá", otros "por allá". Al fin lo encontramos.

En realidad, esperábamos la aparición de un hombre corpulento y gigante como aquellos árboles, a juzgar por la constancia en el funcionamiento de su sierra. Sin embargo, en la constitución física de Bernardino Hurtado, hombre de 43 años y una voluntad incontenible, no había nada de extraordinario como no fueran sus finos y acerados músculos, su mirada inquieta y aquella amplia sonrisa con la cual nos recibió.

* Los nombres de cada una de estas especies maderables han sido escritos respetando la nomenclatura aparecida en los clasificadores angoleños.

Acababa de derribar un fornido *longi* de más de 10 m de alto y 2 m de diámetro en su base. Al caer había abierto una zanja en la cual ocultaba casi la mitad del tronco, al pie de una blanda pendiente donde minutos antes se erguía. Libramos el ligero *clive* ascendiendo por el descomunal tallo, ahora desplomado e inerte.

—¡Esto es mucho, pariente! —nos dijo, a manera de saludo y agregó—: ahora le voy a meter la sierra a un *takula* que tengo marcado allí adelante. ¡Ese sí tiene madera!

Bernardino Hurtado tiene un vigor envidiable. Su centro laboral en Cuba es la Empresa Forestal Integral de Florida, en la provincia Ciego de Ávila, de la cual es oriundo. Con árboles trabaja desde hace un cuarto de siglo, 14 años tumbándolos con *hecha* y 11 con la *motosierra*; pero...

—Oye —dijo dirigiéndose a mí—: yo nunca había visto palos como estos. Si no cortamos más es precisamente por lo gruesos que son y por las condiciones del terreno. Le aseguro que jamás ninguno de nosotros había visto tantos palos grandes juntos ni tan crecidos como los hay aquí.

—¿Y cuántos estás cortando?

—Estoy promediando unos 14.

Tumbar 14 de aquellos monumentales árboles en alrededor de 10 horas de trabajo no es nada fácil, mucho menos cuando se intenta introducir el *serrote* para talar algunos como el *menga-menga* o el mismo *longi*, que obligan al operario a dar filo con

frecuencia a los dientes de su herramienta por la dureza y la rusticidad de la fibra.

Catorce árboles de aquellos, según cálculos promedios hechos en la jefatura de explotación del contingente, contienen unos 150 m³ de madera. Bernardino, cuando visitamos el lugar, era el más productivo de los cortadores cubanos y prácticamente se comenzaba.

—¿Llegarás a los 20?

—¡Como que estoy hablando contigo! Yo no vine a perder el tiempo. No creo que pasen muchos días y entraré en los 200 m³ en una jornada. Esa es mi meta por el momento. De aquí a un tiempo: ¡vamos a ver cómo es la cosa! Al principio me echaba hasta más de una hora en cada palo; ya va siendo menos.

¡A la patea!

Se sienta en el suelo húmedo y oloroso que cubren hojas de color musco. David Vázquez, su ayudante, le alcanza una pequeña bolsa de la que extrae una herramienta propia para amolar, de cinco en cinco, los dientes de su instrumento de trabajo. Hasta nosotros llega el aroma resinoso del árbol recién caído, entremezclado con el acústico crepitar de otras sierras.



—¡Arriba, a la pelea! —dijo y se incorporó—. Así era aquello en realidad: una intrépida y brava pelea contra la naturaleza.

Anduvo unos 50 m. al frente de la reducida comitiva que integraban el ingeniero Enrique Pérez, jefe del grupo extractivo, su ayudante, y los periodistas.

—¡Aquí está! —exclamó y seguidamente orientó a David que preparara las condiciones para el corte, es decir, limpiara los alrededores del árbol y lo librara de las lianas, de hasta 10 pulgadas de diámetro, que lo amordazaban como serpientes desde lo alto hasta las raíces o lo unían a otros árboles más próximos a través de sus ramas.

Al cortarlas, aquellas interminables cuerdas, despedían chorros de un agua lechosa que, según dijeron, se pueda tomar, aunque ellos no lo habían hecho nunca. Era un desconocido *tsukú*, cuyo follaje comenzaba a casi 20 m. de sus raíces. Sin saber quien retaba a quién, Bernardino lo miró de abajo a arriba, hasta donde apenas se filtraba la esdúa luz solar.

La faena comenzó y el serrín que manaba del interior del tronco, como de un surtidor, coloreaba a su anticipo la cara y la carrea de su oponente. Resultaba impresionante ver la agilidad y el dinamismo con que aquel hombre delgado y con unos cinco pies de estatura, manipulaba su pesada herramienta y se movía alrededor del palo, introduciéndole la sierra por un lado y otro. A los 15 minutos exactamente se escuchó el primer traguado.

zó la vista y miró con ojos incrédulos hacia la parral más elevada. Así quedó unos instantes. Todos lo observábamos con más admiración que asombro. En qué o en quién pensaba, solo él lo supo.

—¡Pónganse por esta parte! —vocó—. Y a continuación comenzó a dar cortes diagonales a los anteriores, en forma de cuña, con el objetivo, según dijo, de "obligarlo a caer para donde yo quiero".

No obstante, aun después de haber separado completamente el tronco de sus raíces, el árbol seguía allí, desafiante, con su rectitud y dimensiones. Se detuvo nuevamente y volvió a examinarlo a todo lo largo.

—Esta es otra de las cosas que atrase —manifestó—, la bejuquera que lo sostiene por la copa con las de los demás palos pero, además, este seguro de que tiene parte del tronco hueco. Él cae, no se preocupen que él va abajo.

El árbol volvió a traquear al sacarle Bernardino una cuña más. En honor a la verdad, todos pensábamos que se nos iba a venir encima. En ese momento, más que nervios, lo que sentíamos era ligamentos metálicos en tensión a lo largo de todo el cuerpo.

—¡Altá va, carajo! —gritó con euforia.

Primero con lentitud y después en forma precipitada, aquella mole de madera fue cerrando su ángulo con relación al suelo hasta caer definitivamente en el mismo sentido que Bernardino dijera, no sin antes desgajar y arrastrar consigo decenas de ramas,

nidos, insectos y miles de hojas que nublaron la atmósfera, antes de sentirse su violento encuentro con la tierra.

No puedo precisar con exactitud la expresión que al instante vi reflejada en su rostro. Era una alambrosía de cansancio, triunfo, sencillez y alegría. Habían transcurrido 23 minutos desde el corte inicial cuando, todavía con la cara sudorosa y repleta de serrín anaranjado, se le escuchó decir:

—¡Arriba, David, que allá alante tenemos otro como este!

FUENTES CONSULTADAS

Marilí, José: *Obras completas*. Editorial Nacional de Cuba, La Habana, 1983, I 4 y I 8

Alcaide, José: *Indicaciones e interpretación de los análisis de sangre*. Talleres El Magazine de la Raza, La Habana, 1934

Grupo Científico de la OMS: *Hemoglobinopatías y trastornos afines*. Ginebra, 1972

Matim, Alberto y Jorge Puig: *Tétanos*. Talleres Artes Gráficas, Camagüey, 1972

Kouri, Juan: *Ultraestructura del Clostridium Tetani*. Centro Nacional de Investigaciones Médicas, La Habana, 1969

Novikov, Alex: 'Significado del RH y los otros grupos sanguíneos'. Artículo publicado en el periódico *Juventud Rebelde*, La Habana, 9 de febrero de 1983

Revistas y periódicos

Granma Internacionalista, La Habana, 14 de noviembre de 1982 y 5 de junio de 1983

Granma, La Habana, 17 de enero de 1979

Correo de la UNESCO, agosto-septiembre de 1981

Otros

El Corán. Colección Tesoro Literario, número 22. Editorial Clásicas Bergua, décima edición, España, 1975

Diccionario Alhambra Español Árabe, Árabe-Español. Editorial Sopena, España, 1978

ÍNDICE

PRÓLOGO / VII

ORIGEN Y PRESENCIA / 1

¿Te acuerdas, Amine Haise? / 1

Bolución Hong / 6

Un alfiler en el pulmón de Paola / 9

Dos gramos de hemoglobina / 13

Un parto para recordar / 20

Tres disparos / 25

Corazón de ébano / 28

Milagritos / 33

Los trillizos de Wamula / 38

Siempre es tiempo de aprender / 43

El tiempo tiene besos y abrazos / 51

Carta a una niña cubana / 54

Con esa respuesta: ¡quién dice el nombre! / 58

¡Até sempre, pai! ¡Até sempre, mãe! / 62

Reunión inesperada en Hara / 66

Otra victoria / 71

Relaciones dadas a el fibroma / 77

ARQUETIPO Y LECCIÓN / 81

Kilangondo: contienda militar de leyenda / 81

Samuel Bartulao Romero: el verdadero delegado de
la palabra / 95

Granada: misión de huellas y enseñanzas / 107

Veintidós años después de aquella noche
neoyorquina / 133

De cero a 500 en solo siete años / 142

Fui la última, pero fui / 147

MAYOMBE: intrépida y breve pelea contra la
naturaleza / 155

FUENTES CONSULTADAS / 168

Este título fue impreso en el
taller "Abel Santamaría"
de la Editora Política del CC PCC
Mayo de 1991
Año 33 de la Revolución

Cazando tigres con la mano es el resultado de la labor de un profesional de la noticia cuya sensibilidad le ha permitido escrutar y ver el alma verdadera de los pueblos por donde ha transitado y penetrar el sentimiento personal de sus componentes, tocados—estremecidos a veces— por bridas de otros hombres que han llegado a ellos procedentes de otras latitudes a ofrecerles su colaboración, e incluso a salvarles la vida...

Pero, no se trata de un inventario de acontecimientos (...), sino de relatos particulares y comunes, conmovedores y locos, que su pupila de reportero y su memoria visual le han permitido construir, literalmente hablando, con el lenguaje y demás instrumentos del discurso periodístico, con elegancia y sin afeites...

Definirla esta obra que la Editora Política entrega a sus lectores como un insólito paseo por tres continentes: África, América y Asia, incluidos en África países árabes y en América tanto países latinos como anglosajones.

Marta Rojas

